

19.







NOVENA

DE NUESTRO

DE SANTA TERESA DE JESUS

CON REFLEXIONES, ETC.

POR SAN ANTONIO MARIA DE TORO

Profesor de Teología en la Universidad de Salamanca

En la Imprenta de San Juan de Dios, en la Calle de San Juan de Dios, número 10.

En la Imprenta de San Juan de Dios, en la Calle de San Juan de Dios, número 10.

En la Imprenta de San Juan de Dios.

GRATIA DEI PATRIS ET FILII ET SPIRITUS SANCTI

En la Imprenta de San Juan de Dios, en la Calle de San Juan de Dios, número 10.

SARAGONA

En la Imprenta de San Juan de Dios, en la Calle de San Juan de Dios, número 10.

MDCCLXXII



NOVENA

EN HONOR

DE SANTA TERESA DE JESÚS,

CON INSTRUCCIONES, ETC.,

POR SAN ALFONSO MARÍA DE LIGUORI.

Traducida del Italiano al Inglés

bajo la dirección de los Padres Redentoristas de Inglaterra.

Publicada con aprobación de S. I. el Rmo. Dr. Cullen,

Arzobispo de Dublin.

VERTIDA DEL INGLÉS AL CASTELLANO

por

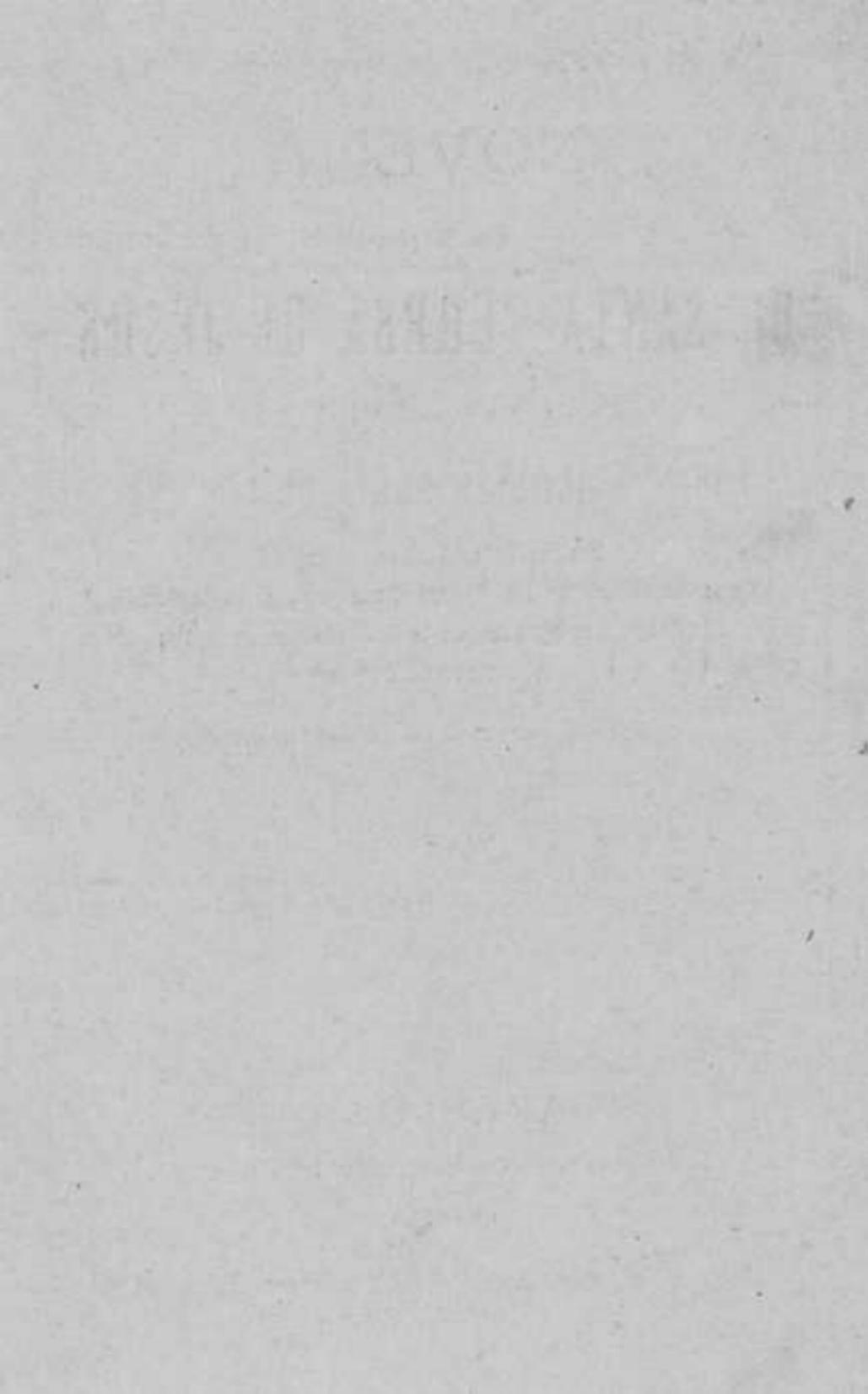
el Dr. D. F. de P. R. y S., Pbro.



BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1880.



NOVENA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.



REVUE

DE LA SOCIÉTÉ DE LAISSEZ-FAIRE

—



Nada te turbe,
Nada te espante;
Todo se pasa:
Dios no se muda:
La paciencia
Todo lo alcanza
Quien à Dios tiene
Nada le falta;
Solo Dios basta.

S^{ta} TERESA DE JESUS.

NOVENA

EN HONOR

DE SANTA TERESA DE JESÚS,

CON INSTRUCCIONES, ETC.,

POR

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGUORI,

FUNDADOR

de la Congregacion del Smo. Redentor.

Traducida del Italiano al Inglés

bajo la direccion de los Padres Redentoristas de Inglaterra.

Publicada con aprobacion de S. I. el Emo. Dr. Cullen,

Arzobispo de Dublin.

VERTIDA DEL INGLÉS AL CASTELLANO

por

el Dr. D. F. de V. R. y S., Pbro.



BARCELONA :

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1880.

GOVERNMENT

NO. 1000

DEPARTMENT OF THE INTERIOR

LAND OFFICE

Es propiedad.

RECEIVED

FOR THE DEPARTMENT OF THE INTERIOR

WASHINGTON

Habiendo sido revisado y examinado el presente librito, venimos en aprobarlo, y lo recomendamos á los fieles, como muy á propósito para instruirlos y edificarlos.

† PABLO CULLEN,

Arzobispo de Dublin y Primado de Irlanda.

Dublin, 6 Octubre 1853.

ÍNDICE.

Coronilla para cada dia de la novena.	PÁG.	9
Meditacion I.—Del don de fe de Santa Teresa de Jesús, y de su devocion al Santísimo Sacramento.		17
Meditacion II. — Del don de esperanza con que fué agraciada Santa Teresa de Jesús. .		30
Meditacion III.—Del grande y ardiente amor de Dios de Santa Teresa de Jesús. . . .		43
Meditacion IV. — Del don de perfeccion con que fué agraciada Santa Teresa de Jesús. .		59
Meditacion V.—De la humildad de Santa Teresa de Jesús.		73
Meditacion VI.—De la devocion de Santa Teresa de Jesús á la Santísima Virgen María y al glorioso San José.		89
Meditacion VII. — De la herida de amor con que Dios llagó el corazon de Santa Teresa de Jesús.		101

Meditacion VIII. — Del deseo de morir de Santa Teresa de Jesús.	118
Meditacion IX. — De la preciosa muerte de Santa Teresa de Jesús.	132
Meditacion para el 15 de Octubre, fiesta de santa Teresa de Jesús.	148
Breve camino de perfeccion, sacado de las máximas de Santa Teresa de Jesús. . . .	153
Avisos de la santa Madre Teresa de Jesús para sus monjas, muchos de los cuales convienen tambien á los cristianos que viven en el mundo.	187
Cántico de Santa Teresa de Jesús despues de la Sagrada Comunión.	199
Ofrecimiento que de sí misma hacia á Dios Santa Teresa de Jesús.	204
Letrilla de Santa Teresa de Jesús.	208

NOVENA

EN HONOR DE SANTA TERESA DE JESÚS.



CORONILLA

PARA CADA DIA DE LA NOVENA.

I. ¡Oh amabilísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el gran don de fe y devoción al santísimo Sacramento, que concedísteis á vuestra querida Teresa: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra fiel Esposa, nos concedais el don de una fe viva y de una ferviente devoción al santísimo Sacramento del altar; donde Vos ¡oh Majestad infinita!

os habeis obligado á vivir con nosotros hasta el fin del mundo, y en el cual con tanto amor Vos mismo todo entero os habeis entregado á nosotros.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

II. ¡Oh clementísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el gran don de esperanza que concedisteis á vuestra amada Teresa: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra santa Esposa, nos concedais una gran confianza en vuestra bondad, por la preciosa sangre que hasta la última gota derramásteis por nuestra salvacion.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.

Jesús, que de Teresa, el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

III. ¡Oh amantísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el gran don de amor que concedísteis á vuestra amada Teresa: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra amantísima Esposa, nos concedais el grande, el altísimo don de vuestro perfecto amor.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

IV. ¡Oh dulcísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el don de grandes deseos y resolucion que concedísteis á vuestra amada Teresa, para que pudiera amaros perfec-

tamente: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra generosísima Esposa, nos concedais verdaderos deseos y resolucion de agradaros hasta el último grado de nuestro poder.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

V. ¡Oh benignísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el gran don de humildad que concedísteis á vuestra amada Teresa: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra humildísima Esposa, nos concedais la gracia de una verdadera humildad, que nos haga siempre hallar nuestra alegría en las humillaciones, y preferir á los honores los desprecios.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

VI. ¡Oh bondadosísimo Señor
Jesucristo! os damos gracias por el
don de devocion á vuestra dulce ma-
dre María y á su santo esposo Jo-
sé, que concedísteis á vuestra amada
Teresa: os rogamos, por vuestros
méritos y los de vuestra queridísi-
ma Esposa, nos concedais la gracia
de una especial y tierna devocion á
vuestra santísima madre Maria y
á vuestro amado padre nutricio José.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

VII. ¡Oh amantísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el portentoso don de la herida en el corazón que concedísteis á vuestra amada Teresa: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra seráfica Esposa, nos concedais semejante herida de amor, para que en adelante os amemos y sólo á vuestro amor consagremos nuestro corazón.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder;
Haga en mi corazón su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

VIII. ¡Oh amadísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el eminente don del deseo de morir que concedísteis á vuestra amada Teresa: os rogamos, por vuestros méri-

tos y los de vuestra firmísima Esposa, nos concedais la gracia de desear la muerte, para volver á poseeros eternamente en la mansion de los bienaventurados.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

IX. . Finalmente ; oh queridísimo Señor Jesucristo! os damos gracias por el don de la preciosa muerte que concedísteis á vuestra amada Teresa, haciéndola dulcemente morir de amor: os rogamos, por vuestros méritos y los de vuestra afectuosísima Esposa, nos concedais una buena muerte ; y si no morimos de amor, que muramos por lo menos ardiendo en amor vuestro, para que, muriendo

de esta suerte, podamos ir á amaros por siempre jamás con el más perfecto amor en el paraíso.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Jesús, que de Teresa el alma hermosa
Con tu dardo de amor hiciste arder ;
Haga en mi corazon su ansia amorosa
Profundo amor de Tí siempre crecer.

ñ. Rogad por nosotros, santa Teresa,
ñ. Para que nos hagamos dignos de
las promesas de Jesucristo.

OREMOS.

Oidnos ¡oh Dios Salvador nuestro! para que así como nos alegramos haciendo memoria de la bienaventurada vírgen vuestra Teresa, así tambien seamos alimentados con su celestial doctrina, y formados con el afecto de una pia devocion. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

MEDITACION I.

Del don de fe de santa Teresa de Jesús, y de su devocion al santísimo Sacramento.

Recibió nuestra Santa de Dios el don de fe en tan copiosa manera, que ella misma escribió en su Vida: «Jamás tuvo el demonio poder de tentarme en manera alguna contra la fe: parecíame áun que cuanto más imposibles eran, naturalmente hablando, las cosas que ella enseña, más firmemente las creia; y cuanto más difíciles eran de creer, más devocion me inspiraban.»

El dia en que se le dijo que seria delatada al Santo Oficio por hereje, «Empecé á reir,» escribe, «sabiendo muy bien que por las cosas de la Iglesia, diera más de mil veces mi vida.»

Este amor de la fe le dió fortaleza, cuando no tenia más que siete años, para abandonar con su hermanito la casa paterna, é irse á tierra de moros, para dar su vida por la fe: más adelante, ya entrada en años, era tal la conviccion que de sus verdades tenia, que conocia habria tenido el suficiente valor para sujetar á la fe á todos los luteranos, y obligarlos á reconocer sus errores.

En una palabra, la satisfaccion que sentia al verse en el número de los hijos de la Iglesia era tal, que en la hora de su muerte jamás se saciaba de repetirse á sí misma estas palabras: «Despues de todo, soy una hija de la santa Iglesia; despues de todo, soy una hija de la santa Iglesia.» De este admirable don de fe que poseia la Santa, nacia el grande

amor que siempre tuvo al santísimo Sacramento, llamado misterio de fe con preferencia sobre todos los demás. Solía decir que mayor gracia nos hizo Dios en darnos la santísima Eucaristía que en hacerse hombre; y así una de las principales virtudes que poseyó la Santa durante su vida, fué su especial amor al santísimo Sacramento, como lo reveló despues de su muerte. Cuando la Santa oía decir á álguien que hubiera deseado haber vivido á la sazón que estaba Jesús en la tierra, acostumbraba reirse y decia: «¿Y qué más nos falta, teniéndole como le tenemos en el santísimo Sacramento?» Ciertamente, si bastaba, cuando El vivía en la tierra, tocar su vestido, para curar de las enfermedades, ¿qué no hará por nosotros cuando

está dentro de nosotros? «¡Oh! ¡cuán dulce es, escribía, ver al Pastor convertido en Cordero! Es Pastor, porque apacienta. Es Cordero, porque El mismo es pasto. Es Pastor, porque sustenta. Es Cordero, porque es sustento. Cuando, por consiguiente, le pedimos el pan nuestro de cada día, le suplicamos sea El mismo nuestra comida y sustento.»

Lloraba siempre la Santa por los malos tratos que este Sacramento de amor recibía de manos de los herejes, y solía decir á Dios: «¡Cómo es esto, Criador mio! ¿que entrañas tan abrasadas de amor como las vuestras puedan permitir que este Sacramento, que instituyó vuestro Hijo con amor tan ardiente, y á fin de daros gusto, porque le mandásteis que nos amara, sea tan poco apreciado, co-

mo vemos es en el día de los herejes que le están sacando fuera de sus iglesias? ¿No fué bastante ¡oh Padre mio! que no tuviera durante su vida donde descansar su cabeza, sino que despues de esto han de quitarle los santos lugares donde se dignó habitar y convidar á sus amigos, conociendo, como conoce, la necesidad que tienen de tal alimento para fortalecerse?» Por espacio de veinte y tres años comulgó diariamente y cada vez con tal fervor y deseo que, para recibir la sagrada Comunión, hubiera hecho, como decia, su camino, sin temor á las lanzas ni á todo un ejército que le hubiese salido al encuentro.

El divino Amante correspondia al amor con que su querida Esposa le deseaba y con el cual se disponia á

recibirlo bajo las especies sacramentales. Como desaparecen las tinieblas delante del sol, así se desvanecían, al comulgar, las oscuridades y turbaciones de la Santa. Parecíale entonces que su alma perdía todos sus afectos y deseos, quedando perfectamente unida con Dios y absorta en El. Aun cuando estaba habitualmente pálida á consecuencia de sus padecimientos y enfermedades, dice su biógrafo que, no bien había comulgado, su semblante se ponía radiante como un cristal, colorado y hermosísimo y con tal aire de majestad, que era fácil conocer cuando el divino Huésped estaba en su corazón.

En tales ocasiones sucedía que su virginal cuerpo acostumbraba parecer pronto á dejar la tierra, levantándose por los aires en presencia de to-

das las hermanas. Un dia, mientras estaba preparándose para la Comunion, Jesucristo, á quien tenia en la mano un sacerdote indigno, que se hallaba en pecado mortal, le habló tiernamente y le dijo: «Contempla mi gran bondad en ponerme Yo mismo en manos de mi enemigo por amor vuestro y para bien de cada uno.»

Otro dia (era el Domingo de Ramos), mientras estaba meditando que entre toda la muchedumbre que aclamó en Jerusalem como Mesías á Jesucristo, ni uno hubo que le recibiera en su casa, invitóle á ir y entrar en su pobre corazon, y con este piadoso pensamiento fué á comulgar. La afectuosa invitacion de su amada fué tan agradable al divino Esposo, que cuando recibió la sagrada Hostia parecióle que su bo-

ca quedaba llena de sangre caliente, al mismo tiempo que de una dulzura celestial. Entonces oyó la voz de Jesús que le decía: «Hija mia, es mi voluntad que mi sangre sea provechosa para tí: Yo la derramé con grandes sufrimientos y tú gozas de ella, como lo ves, con gran delicia.»

FRUTO.

Sea el fruto de esta meditacion el de una continua accion de gracias, en union con la Santa, al Señor, por habernos hecho hijos de la santa Iglesia, de la cual tantos millones de almas, menos culpables, tal vez, que nosotros á los ojos de la divina Justicia, permanecen separadas. Además, en vista del mayor de todos los dones que Jesucristo nos legó en el Sacramento del Altar, dejándo-

se El mismo todo entero, para ser nuestro alimento, nuestro compañero y nuestro Pastor, pongamos en práctica la excelente instrucción que esta santa Madre reveló desde el cielo á cierta alma: «Los habitantes del cielo y los de la tierra debemos ser una sola y misma cosa en pureza y en amor: nosotros, en estado de goce; vosotros en el de sufrimiento. Y lo que hacemos nosotros en el cielo con la divina Esencia, debéis hacerlo vosotros en la tierra con el santísimo Sacramento. Esto quiero dejar dicho á todos mis hijos.» Considerando el amor y tierna devoción que se deben á Jesús en el santísimo Sacramento, nos dejó de nuevo en sus obras las siguientes reglas: «Obremos como si estuviésemos junto á nuestro Pastor, y no le perda-

mos de vista; porque aquellas ovejas que se están cerca de su pastor son siempre más acariciadas y mejor cuidadas que las demás, y él les da siempre algunos bocados de su propia comida. Si acaece que el pastor se queda dormido, las ovejas se mantienen apretadas á su alrededor hasta que despierta ó que las mismas le despiertan, y entonces les prodiga de nuevo sus caricias.»

San Felipe Neri, aquel otro serafin de amor, al ver entrar en su cuarto á Jesús para ser su viático, no pudo contenerse sin gritar en santo transporte: «Hé aquí á mi amor, hé aquí á mi amor» Así cuando veamos al Rey y Esposo de nuestras almas viniendo á unirse con nosotros en la santa Comunión, gritemos y digamos: Hé aquí á nuestro amor, hé

aquí á nuestro amor. Y nosotros sabemos que desea Dios le demos este nombre. «Dios es amor.» (*I Joan. iv, v. 16*). El no desea ser llamado simplemente amante, sino el amor mismo, para darnos á entender que, así como no hay amor que no ame, asimismo es El una bondad, tan amante por naturaleza propia, que no puede vivir sin amar á sus criaturas.

ORACION.

Santo Serafin mio, que, por vuestro amor y pureza, fuísteis en la tierra las delicias de vuestro Dios; vos á quien tanto amó El que os dijo un dia, que como Magdalena era su amada cuando El vivia en la tierra, en el mismo grado lo erais vos, á la sazón que El estaba en el cielo; vos, á quien trataba con tanta

ternura, cuando os amonestaba como padre ó platicaba con vos como esposo, dándoseos tan frecuentemente en comunión con tan abundantes excesos de gracia; ¡oh Teresa de Jesús! rogad á Dios por mí, que no soy ¡ay! objeto de sus delicias, sino la causa de sus tormentos por mi mala vida. Rogadle me perdone, me dé un corazón nuevo, un corazón puro y lleno de amor, semejante al vuestro.

Y Vos, amantísimo Jesús mio, que aún viendo mi ingratitud nunca habeis dejado de concederme abundancia de gracias, y, sobre todo, la vocación á la santa fe; Vos, que no os habeis desdeñado de daros á mí con tanta frecuencia y amor en el santísimo Sacramento, ¡ah! por vuestra misericordia encended tal llama en mi corazón, que sean mis obras con-

formes á mi fe. ¡Ah! divino, verdadero y único Amante de mi alma, ¿cuándo llegará por fin aquel dia en que empezaré á amaros con todo mi corazon? ¡Oh! ¡pluguiera á Dios que éste fuese aquel dia feliz para mí,— éste en el cual he comenzado, en el presente año, á honrar á vuestra querida esposa y tierna abogada mia Teresa de Jesús! ¡Ah, Redentor mio! por los méritos de vuestra Sangre, por los de María, vuestra santísima Madre, y tambien por los de vuestra amada Teresa, concededme, os suplico, tan ardiente amor de vuestra bondad que me haga llorar de continuo las ofensas que os he hecho, y me impulse en adelante á no buscar otra cosa que daros gusto, para que pueda agradar únicamente á Vos como mereceis. Amen.

MEDITACION II.

Del don de esperanza con que fué agraciada santa Teresa de Jesús.

Las mercedes de Dios tienen por medida la confianza que en El pone el alma: así que cuando el Señor desea enriquecer á un alma con gracias, comienza por enriquecerla con confianza.

Era tan grande la confianza con que fué agraciada de Dios la santa Madre Teresa de Jesús, que por ella alcanzaba el llevar á cabo cuanto emprendia por la gloria de su Esposo, en tanto grado, que era llamada comunmente «la omnipotente Teresa.»

Teniendo siempre presente que Dios es fiel, como dice el Apóstol, y

que no puede faltar á su palabra, de esta reflexion sacaba aquel gran valor que la fortalecia en toda adversidad. «¡Oh Dios mio! solia exclamar, ¿quién podrá bastantemente declarar cuán fiel sois á vuestros amigos? Fálteme todo, con tal que no me abandoneis Vos á mí, que he hallado por experiencia cuán grande es el provecho de los que en Vos sólo confían.» Con esta inmóvil ánco-
ra, que era su apoyo, emprendió la grande obra de la Reforma de los religiosos de ambos sexos de la Órden Carmelitana y la fundacion de gran número de casas religiosas, á despecho de los innumerables obstáculos suscitados por los hombres y los demonios, sin proteccion, sin dinero, únicamente con la confianza en Dios. Acostumbraba decir que en punto

á fundar un convento, nada más se necesitaba que alquilar una casa y tener una campana.

Siempre que la fuerza de la oposicion aumentaba, crecia tambien su valor, y decia: «Esto es señal de que la semilla sembrada producirá fruto abundantísimo;» y así todo tenia el más feliz éxito. Escribia tambien á veces: «Así espero, porque el verdadero camino de evitar una caida es ponerse á sí mismo en la cruz y confiar en Aquel que fué enclavado en ella. Hallo que en El tan sólo hay un verdadero amigo. Tanto predomina en mí este sentir, que me parece que, con la gracia de Dios, resistiria á todo el universo luchando contra mí.» De aquí nacia el gran disgusto que experimentaba siempre que ha-

bia de tratar con personas que confiaban en los juicios ó recursos humanos.

Cuando se hallaba en Toledo la santa Madre, díjole un sacerdote que habia que desesperar de la realizacion de la Reforma; pero Teresa de Jesús, con ánimo intrépido, los consolaba á todos, y confiando en Dios, replicaba que, «á despecho de la oposicion, todo prosperaria perfectamente.» En una de sus jornadas se encontró con un trozo de camino peligroso, y quiso ser la primera en pasar por él, animando á los demás con su ejemplo. Llena de confianza en su Señor, nada la espantaba, ni el infierno mismo; y solia decir que no temia más á los demonios que á las moscas. Jamás se la vió tener pena ni gozo en ningun

suceso, ya fuese próspero, ya adverso, sino que permanecía siempre tranquila é inmutable en medio de la paz más profunda; siempre constante en su dulce esperanza, persuadida de que Dios no puede abandonar á quien le sirve y ha puesto en El sus esperanzas.

En esta esperanza descansaba Teresa de Jesús en todas las oraciones que dirigia á Dios. Y como nada sabia pedirle sino lo que pudiese contribuir á dar gusto á su Señor, los ruegos de su santa Esposa eran tan aceptos á Dios, que llegó hasta prometerle le otorgaria todo cuanto le pidiese. Un dia, mientras Teresa le estaba pidiendo una gracia y temia le fuese negada por su indignidad, apareciósele Jesús, y mostrándole la llaga de su mano izquierda, « Dijo-

me (son palabras de la Santa) que no debía dudar, sino que El, que habia padecido tanto por mí, me concederia con el mayor gusto todo cuanto le pidiere; que prometia concederme todo cuanto pudiere pedirle; que debía de acordarme de que, aún á la sazón en que yo no le servia, nunca le habia pedido algo que no me lo hubiese otorgado, y mejor que yo habia sabido pedirlo, y que con mucha más razon ahora que conoce mi amor hácia El queria escucharme, lo cual no debía poner en duda.»

Ella nos asegura que en virtud de esta promesa obtuvo de Dios más de lo que en vida podria haberle pedido; y para consuelo de sus devotos, dejó en recuerdo las siguientes palabras: «Seria enojosa para mí y mis lectores, si hubiese de contar todas

las gracias que Dios me ha hecho; si hubiese de decir cuántas almas han sido sacadas del pecado por mis oraciones, y cuántas y cuántas otras han adelantado hasta los más altos grados de perfeccion.» Una noche, mientras la Santa estaba dando gracias á Dios por una que habia recibido, hízole El amorosamente esta pregunta: «¿Y qué puedes pedirme, hija mia, que no quiera Yo concederte?» Otro dia le decia: «Tú sabes los desposorios que contigo contraí; por esta razon te doy todos los padecimientos que Yo sufrí, para que por estos padecimientos, como por una propiedad de que eres la dueña, puedas pedir á mi Padre todo cuanto desees.»

Finalmente, compuso la Santa, para nuestra instruccion, en su *Ex-*

clamacion décimatercera para despues de la Comunión, el siguiente pasaje: «¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡cuán pequeña es la confianza que ponemos en Vos, oh Señor! Y con todo, ¿qué mayores riquezas, qué tesoros más preciosos podíais habernos regalado? Habéisnos dado treinta y tres años de trabajos y luego la muerte de vuestro Hijo, la más trabajosa; conociendo de antemano, sin embargo, cuán ingratos seríamos, nada habeis omitido hasta confiarnos el inestimable tesoro de ese mismo Hijo en el santísimo Sacramento, para que nada haya en Vos que no podamos poseer por medio de El. ¡Oh Padre misericordioso! ¡Oh almas bienaventuradas! que habeis conocido tan bien cómo á este precio podíais apropiaros tan preciosa y per-

manente herencia, decidnos cómo debemos aprovecharnos de un bien tan infinito. Socorrednos ahora que estais tan cerca de su Fuente; sacad de ella agua para nosotros, que estamos aquí muriendo de sed.»

FRUTO.

Aprende aquí, alma devota, como atiende Dios las oraciones que se le dirigen con confianza; ruega, pues, con confianza, y tendrás cuanto desees. Cielos y tierra pueden pasar, pero la palabra de Dios, que dijo: «Todo el que pide, recibe (*Matth. c. VII, 8*),» no puede faltar. El que pide alcanza, aún cuando no merezca alcanzar lo que pide, dice santo Tomás. Por otra parte el que no pide no alcanza. Veamos, pues, que

de ello depende nuestra victoria en tiempo de tentacion: «Invocaré al Señor con alabanzas, y quedaré salvado de mis enemigos. (*Ps. xvii, 4*).» Recurramos á Dios y serémos vencedores. Hé aquí de qué depende todo nuestro bien: «Pedid, y recibiréis.» Pidamos, y se nos dará. Solia decir nuestra Santa: «Para alcanzar las gracias divinas, la única puerta es la oracion: cerradla, y no sé cómo Dios os las concederá. Observemos que Dios nuestro Padre no sólo cuida de nosotros, sí que tambien es sumamente solícito de nuestro bien, como nos lo significa en las divinas Escrituras.» Oremos, pues, con confianza; oremos á Dios en nombre de Jesucristo su Hijo, que nos hizo esta promesa: «Cualquiera cosa que pidiéreis á mi Padre en mi nombre

os la concederá. (*Joan.* xvi, 23).» Sin que se lo pidamos, siempre cuida Dios de nosotros. «Dios, dice el Salmista, tiene cuidado de mí. (*Ps.* xxxix, 18).» Y el Profeta dice, que es más fácil que una madre se olvide de su hijo, que el que Dios se olvide de un alma. Bastará mostrarle nuestras miserias y decirle con el leproso del Evangelio: «Señor, si quereis podeis curarme. (*Matth.* viii, 2);» ó con las hermanas de Lázaro: «Aquel á quien amais está enfermo (*Joan.* xi, 3);» pero «debemos orar siempre, y no desfallecer (*Luc.* xviii, 1);» de otra suerte, el dia que dejaremos de orar caeremos.

ORACION.

Habiéndome vos dado á entender, ó santa Abogada mia, que vuestro Esposo os hizo la promesa de otorgaros cuanto le pidiéreis, y que muchísimas almas recibieron ayuda por vuestros ruegos; haced, tambien, que sea yo de este número. Encomendadme á Jesús; y trocadme interiormente en hombre nuevo, como á tantos otros que habeis trocado con vuestros ruegos.

Y Vos, Padre eterno, que no perdonásteis á vuestro queridísimo Hijo la vida, á fin de concedernos clemencia y salvacion, os ruego, por el amor de este mismo Hijo, me perdoneis y salveis. Vos, Criador y Padre mio, sois no sólo misericordioso sino tambien fiel; Vos estais por es-

to obligado á concederme cuanto os pida, por amor de Jesús, que nos prometió nos concederíais todo lo que os pidiésemos en su nombre. Vos sois tambien justo; de modo que cuando nos arrepentimos de las ofensas que contra vuestra bondad hemos cometido, no podeis menos de perdonarnos y salvarnos por los méritos de Jesucristo, que, con su muerte, satisfizo á vuestra divina justicia y alcanzó nuestra salvacion. Así, ó Dios y esperanza mia, lleno de confianza recurro á Vos y os pido, por amor de Jesús, me concedais la disposicion de nunca esperar ni desear cosa alguna sino vuestro santo amor. ¡Oh Vos, que sois extremadamente amable y objeto de mi ferviente amor! haced que me salga enteramente de mí mismo, para fi-

jarme solamente en Vos. Señor, en vuestras manos pongo mis esperanzas y mi alma, á fin de que mientras esta vida dure pueda vivir con plenitud de confianza en Vos, y, al salir de este mundo, exhale mi último suspiro en un acto de perfecto abandono de mí mismo á Vos. Y Vos, dulce Madre y esperanza mia, María, alcanzadme la gracia de continua oracion y de confianza en los méritos de Jesús y vuestros. Amen.

MEDITACION III.

**Del grande y ardiente amor de Dios
de santa Teresa de Jesús.**

El corazon de este Serafin ardia tanto en amor de Dios, que todos sus pensamientos y suspiros eran

sólo amor y se encaminaban á agradecer á Dios, en tal manera, que su confesor solia decir que, cuando hablaba con ella, le parecia tener ante sus ojos á un serafin de amor. La sagrada llama del amor de Dios ardió siempre en su alma desde el instante en que, no contando más de siete años, tuvo el valor, segun hemos ya referido, de dejar su país natal y á sus padres, para ir entre bárbaros, á fin de poder sacrificar su vida por Jesucristo; como tambien se hace constar en la Bula de su canonizacion.

Su amor crecia á medida que iba entrando en años, y aunque se entibió algo durante algunos años, sin embargo, cuando Dios con una nueva luz, la llamó á amarlo con mayor perfeccion, correspondió á su gracia de modo tal, que pudo merecer oír

de los propios labios de su Esposo que, si no hubiese ya creado el Paraíso, lo habria creado expresa y enteramente para ella. Y en otra ocasion llegó á decirle que Él era todo suyo porque ella era toda suya; todo lo cual se menciona igualmente en la Bula de su canonizacion.

En una palabra, estaba tan completamente entregada á Dios, que, embriagada del amor divino, sólo sabia hablar de su único Amado. En nada sabia pensar sino en su Amado. Con nadie podia conversar sino con su Amado. Por lo que, acostumbrada como estaba á tener dulce conversacion con su Dios, no podia prestarse á trato alguno con las criaturas, sino con aquellas que estaban llagadas, segun decia ella misma, de igual amor.

Por amor era tan fuertemente atraída hácia Dios, que se declaró á sí misma incompetente para el manejo de los negocios del mundo. De modo que un dia dijo: «Si el Señor me conserva en mi actual estado, mala cuenta habré de dar de los negocios que á mi cargo ha puesto; porque parece como si continuamente fuese atraída hácia Dios, y que me tirasen con cuerdas.» Todo lo que tendia á interrumpir su continua union con Dios érale una carga, sin exceptuar ni áun la comida: «Es una pena excesiva para mí, escribe, tener que comer á menudo; esto me hace llorar y me hace prorumpir en palabras de afliccion, casi sin saber lo que me digo.» Pero escuchemos los hermosos sentimientos que nos recuerda relativos á su amor de Dios, y calente-

mos nuestros corazones con aquella bendita llama que ardía en el corazón de esta seráfica Santa. Dice en un lugar: «Mirad lo que estoy siempre diciendo, y, según me parece, con todo mi corazón: ¡Oh Señor! no pienso en mí misma; deseo no pensar en cosa alguna sino en Vos sólo.»

Aun cuando era excesivamente humilde, no dejaba de decir en otro lugar que tenía un grande amor de Dios. Con santo fervor escribía: «Soy toda imperfección, menos en deseo y en amor; pienso que amo bien á Dios, pero mis obras me entristecen.»

Tan ardientemente deseaba adelantarse como posible le fuera, en el amor de su Dios, lo cual expresa ella misma en otra parte en los siguientes términos: «Si debiese escoger entre padecer todos los sufrimientos

del mundo hasta el fin, y alcanzar despues un pequeño grado más de gloria, ó sin aflicciones de ningun género disfrutar de un grado de gloria, poco inferior siquiera, voluntariamente preferiria aguantar todos los sufrimientos por el menor aumento posible de gozo en el conocimiento de Dios; porque veo que los que mejor le conocen mejor le aman tambien. Al ver que tanto amaba á Dios, y que Dios la amaba tanto, escribió en un santo transporte: «¡Oh! ¡qué hermoso trueque dar nuestro amor á Dios y recibir de Él el suyo!» Sabemos tambien cuántos encantos hallaba en esta amante súplica, que con frecuencia dirigia á Dios, *ó padecer ó morir*, en fuerza de su deseo de complacerle, como refiere ella misma en el cuadragési-

mo capítulo de su Vida. Parecíale el deseo de padecer por Dios tan dulce para su amante corazón, que ningún mérito podía adquirir con él. Y decía además, que la única razón de amar la vida presente es por la oportunidad que nos ofrece de padecer por Dios. Hé aquí sus propias palabras : «Siendo el caso que el deseo de padecer no me produce mérito, y pareciéndome de ningún valor la vida sin ellos, ruego á Dios con el mayor fervor me los envíe. Dígole entonces con todo mi corazón: Señor, ó padecer ó morir: ninguna otra cosa sino esta pido para mí misma.»

Por esto mereció quedar unida con Jesucristo, el cual, presentándole un clavo, le declaró ser su esposa de amor y de cruz. El Señor, alargando

hácia ella su diestra, como leemos en el Apéndice de su Vida, empezó á decirle: «Mira este clavo: es una señal de que en adelante serás mi esposa: hasta ahora no lo has merecido: en lo sucesivo no mirarás por mi honra meramente como por la de tu Criador, de tu Rey y de tu Dios, sino que desde que eres mi verdadera esposa, mi honra es tuya y tu honra es mia.» Dijo ella un dia, en un transporte de amor, que le daria verdadero gozo ver á cada cual en el paraíso disfrutando de mayor gloria que la suya; pero que no sabia si podria alegrarse al ver á un alma que tuviese á Dios mayor amor que ella. En fin, toda su ocupacion consistia en cualquier cosa que pudiese dar á Dios gloria; pero el grande amor que le tenia la llevaba á mirar como

nada todo cuanto hacia. «¡Oh, Señor! decia, temo que no os sirvo: no puedo descubrir nada que pueda bastar á pagaros la menor cosa de las que os debo.» Lo único que en su vida la contentaba, y la súplica que de continuo ofrecia á Dios, era esta: ¡Ah, Señor mio! haced que todos nos hagamos dignos de amaros: ya que debemos vivir, vivamos para Vos, perdiendo siempre de vista nuestros propios intereses. ¡Qué mayor ganancia podemos hacer que la que consiste en ser agradables á vuestros ojos, ¡oh Dios mio y alegría mia! ¿qué puedo hacer para agradaros?»

En una palabra, su vida entera fué un continuo ejercicio de amor y una aplicacion constante á cualquier cosa que pudiere agradar á su único

Amado ; y, por fin, como veremos al meditar su muerte, su vida se acabó realmente por la violencia de su amor, consumida por entero en aquella fragua de amor en que estaba toda encendida.

FRUTO.

El fruto que debemos sacar de esta meditacion viene indicado en las palabras que dijo un dia el Señor á santa Teresa de Jesús, á fin de hacerle comprender que el verdadero amor en esta vida no consiste en dulzura alguna sensible, sino en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en sobrellevar con calma los padecimientos. «¿Piensas, hija mia, le dijo, que el goce constituye el mérito? no; este está en el obrar, pade-

cer y amar. Contempla mi vida, llena siempre, como estuvo, de padecimientos: cuando miras á mi Madre estrechándome en sus brazos, no pienses que ella goce de esta satisfaccion sin padecer el cruel tormento que le profetizó san Simeon, cuando le dijo: *Una espada traspasará tu propia alma*, habiéndole mi Padre desde entonces dado luz para conocer todo cuanto debia Yo sufrir.»

«Créeme, hija mia, añadió, que á aquel á quien ama más mi Padre le carga con las cruces más pesadas, y que el amor de una parte corresponde á los padecimientos de la otra. ¿Cómo puedo probarte este amor, sino deseándote lo que para Mí mismo deseé? ¡Mira estas llagas! ningun dolor tuyo será tan grande. Así participarás de mis lamentos por las

pérdidas de los mundanos, cuyos deseos todos tienden precisamente á la adquisicion de lo contrario.» Concluyó diciendo: «Suponer que mi Padre admite á álguien á su amistad sin padecimientos, es locura; pues á aquellos á quienes profesa grande amor los lleva por el camino de los padecimientos, y estos padecimientos son mayores á proporcion de la grandeza de su amor.»

Si es, pues, nuestro deseo amar á nuestro queridísimo Señor con amor verdadero y buscar como dar gusto á su Corazon antes que al nuestro, debemos poner en práctica la excelente instruccion que nuestra Santa solia dar y practicar: «Caminar siempre adelante con el deseo de padecerlo todo, y en toda ocasion, por amor de Jesús.» Lo menos que po-

demos hacer es conformarnos perfectamente en todas las adversidades con la voluntad de Dios. Esto es lo que santa Teresa de Jesús vino un dia desde el cielo á decir á un alma devota: «Procura formar aquellos ardientes deseos del cumplimiento de la voluntad divina, que yo tuve de la muerte todo el tiempo en que viví.» Este es tambien el fin de aquella piadosa práctica que enseñó la Santa, de ofrecerse uno mismo enteramente á Dios cincuenta veces cada dia, con gran fervor y deseo de agradarle. Obrando de esta suerte, serémos muy gratos á los ojos de Dios, y no sentirémos las cruces que nos envia; por lo cual solia decir la Santa: «El peso de la cruz lo siente aquel que anda arrastrándola, pero no el que la abraza.» Bien así como

un pobre, en vez de fatigarse, siente un gozo al llevar su carga de oro y tanto más se regocija cuanto mayor es su peso; así un alma amante se regocija tanto más, cuanto más ha de padecer por Dios, porque conoce que ofreciendo sus padecimientos á su Amado, se le hace sumamente acepta.

ORACION.

¡Oh Serafin santo, querida Esposa de Jesús crucificado! que estuvísteis siempre encendida, mientras vivísteis en la tierra, en tan ardiente amor á vuestro Dios y mio, que ardeis aún ahora con más pura y brillante llama en el cielo, alcanzadme, os ruego, Vos cuyo deseo siempre fué que Dios fuese amado de todos los hombres; alcanzadme tambien una chis-

pa de esta celeste llama, que me haga olvidar el mundo, sus criaturas y áun á mí mismo, y me disponga á consagrar todos mis pensamientos, deseos y afectos al cumplimiento, ya gozando, ya padeciendo, de la voluntad de este Bien supremo, que merece ser sumamente obedecido y amado. Hacedlo, querida Santa, pues lo podeis hacer: haced que me abra-se entera y completamente, como Vos, en amor divino.

Y Vos, Dios mio, os ruego con las palabras de la Santa: «¡Oh Amador, que me amais más de lo que puedo comprender! haced que mi alma os sirva para agradaros antes que para su propio gusto; que muera yo á mí misma desde ahora para en adelante, y viva Otro dentro de mí. Viva El y déme vida; reine El y sea yo

su esclava, de suerte que mi alma no desee otra libertad. ¡Felices aquellos que se hallan atados con las cadenas de las gracias de la misericordia de Dios sin poder desprenderse de ellas! El amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno. ¡Oh! ¡pluguiera á Dios que pudiésemos ser arrojados á este divino infierno, sin esperanza, ó, mejor diria, sin temor de salir nunca más de él otra vez! »

Y Vos, santísima Vírgen María, que fuísteis y sois entre todas las criaturas la más amante y amada de Dios; Vos por cuyo medio se nos concede el amor divino, socorredme y asistidme á fin de que jamás me muestre ingrato á un Dios que es tan amante y tanto me amó. Amen.

MEDITACION IV.

Del don de perfeccion con que fué agraciada santa Teresa de Jesús.

Dos cosas se requieren para alcanzar la perfeccion: gran *deseo* y gran *generosidad*.

En primer lugar, un gran *deseo* de santidad es un gran medio para santificarse; porque, por una parte, Dios no concede la abundancia de sus gracias sino á aquellas almas que tienen hambre de ellas, como dice María santísima en su sublime Cántico: «Llenó de bienes á los hambrientos. (*Luc.* 1, 53).» Y por otra parte, este deseo es necesario por lo que á nosotros mira, á fin de que podamos perseverar entre las dificultades que deberémos de sobrelle-

var si queremos ganar el gran tesoro de la perfeccion. Porque aquello que apenas se desea, poco se ejercitan los hombres para alcanzarlo; mientras que, al contrario, para alcanzar el logro de lo que se desea mucho, no hay trabajo por arduo que sea, que no hallen fácil y dulce. Por esto da Dios el nombre de «bienaventurados» á los que han tenido no un simple deseo, sino hambre además, es decir, un deseo ardiente de santidad: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. (*Matth.* v, 6).»

Teresa de Jesús, que podemos comparar con un águila del cielo, y á quien el deseo de cumplir perfectamente la voluntad de Dios daba alas con que volar rápidamente á la perfeccion, nos dejó para memoria

las siguientes palabras: «Procuremos concebir grandes pensamientos, porque de ellos procede nuestro bien.» Y en otro lugar dice: «No debemos tener deseos pobres, sino que debemos esperar en Dios, que, con los esfuerzos que hacemos, podremos gradualmente llegar á aquel punto á que con su gracia llegaron muchos Santos.» Solia decir que Su Divina Majestad ama á las almas generosas, sólo con tal que no confien en sí mismas; y atestiguaba, hablando por experiencia, que jamás habia visto á ningun alma pusilánime hacer tantos progresos en muchos años, como en muy corto tiempo las almas generosas; «Porque, decia, se complace tanto en los deseos como en sus efectos.»

¡ Oh ! ¡ cuán grandes , en verdad,

eran sus deseos de agradar á Dios su Señor! No deja de confesar que, llena como estaba de toda suerte de imperfecciones, sus deseos eran, sin embargo, grandes y perfectos. En cierto lugar escribe: «Los deseos de servir á Dios me vienen acompañados de transportes que no puedo expresar. Paréceme que no hay sufrimiento; ni áun la muerte, ni el mismo martirio, me serian difíciles de padecer.» Verdaderamente nada habia, cualesquiera que fuesen sus dificultades, que no emprendiese y llevase adelante hasta su feliz terminacion, una vez que conocia que era del agrado de Dios. Así lo atestigua de sí misma en las Memorias que escribió de su vida: «Nada hay, por penoso que sea, que no esté dispuesta á sufrir tan pronto como me viene encima.»

Así la Santa, habiéndolo aprendido con la experiencia, solía decir: «Me maravillo al ver cuantas ayudas para la vida espiritual se nos conceden por el ánimo para grandes empresas. Porque, aún cuando el alma no tiene, precisamente al principio, suficiente fortaleza, sin embargo, emprende inmediatamente su generoso vuelo y es llevada hácia adelante mucho más allá del blanco á donde habia apuntado.» Y añade aquí una leccion muy importante, á saber, que no es humildad el no desear ser santo. «Es necesaria la humildad, dice; pero debemos entender que el demonio se esfuerza en hacernos mirar los grandes deseos y el deseo de imitar á los Santos como resultado del orgullo.»

Pero además de esto, para llegar

á la perfeccion, no basta simplemente el *deseo*; debemos tambien formar la firme *resolucion* de alcanzarla; de otro modo el deseo sin la resolucion seria de ningun provecho. Esto es lo que sucede á tantas almas que están siempre deseando y multiplicando continuamente sus deseos, pero que nunca llegan á la resolucion de ponerse á trabajar de veras, y así permanecen siempre en su tibieza, sin hacer progreso alguno. «Preferiria, escribe la Santa á este propósito, preferiria una breve oracion que produjese grandes resultados, á una oracion de muchos años de duracion, durante la cual el alma nunca se resuelve, ni hace cosa alguna que valga algo para Dios.» San Bernardo dice que muchos dejan de ser santos porque les falta el

ánimo para ello. Y este era el motivo de lamentarse la Santa cuando decia: «Muchos se quedan al pié de la montaña, que pueden llegar hasta su cumbre.» Por otra parte nos asegura que cuando un alma, tan sólo para agradar á Dios, emprende algo resueltamente, fácilmente cumple su propósito. «Es completamente cierto, Señor, escribe en sus *Fundaciones*, como dijo vuestro Profeta, que Vos dais á entender que hay trabajo en la observancia de vuestra ley; sin embargo, yo no lo siento, y no sé cómo puede llamarse estrecho el camino que lleva á Vos. He experimentado en diversas circunstancias, añadia, que cuando cada cual desde el principio se resuelve animosamente á hacer algo, sean cuales fueren las dificultades, si lo

hace para agradar á Dios, nada tiene que temer.» «El demonio, decia, tiene gran miedo á las almas resueltas, viendo que todas las tramas que maquina para su daño se les convierten en provecho.»

La santa Madre practicaba valientemente lo que enseñaba á los otros. Cuando fué llamada á entregarse del todo á Dios, se le dió enteramente sin reserva y con tan firme resolucion, que para obligarse á buscar todo lo que pudiese dar más gusto á su Amado, llegó á ligarse con aquel sublime voto que ha llenado de asombro á los Santos, y al que llama el tribunal de la sagrada Rota «voto difícilísimo,» de hacer siempre lo que entendiése ser más perfecto. En ello nos muestra Teresa de Jesús el ánimo y resolucion con que aspi-

raba á la más alta perfeccion que puede alcanzar un alma en la tierra, á fin de poder agradar á Dios hasta el último límite de sus fuerzas.

FRUTO.

Sea, pues, el fruto de esta meditacion la formacion de una esperanza que palpita con un deseo sincero parecido al de santa Teresa de Jesús, y que resuelva animosamente nuestra entrega total á Dios, procurando adelantar cada dia más y más hácia la perfeccion. Un gran siervo de Dios, el P. Hipólito Durazzo, de la Compañía de Jesús, solia con mucha razon decir, segun leemos en su Vida, que los hombres del mundo jamás piensan tener bastantes bienes de esta vida, y están siempre

trabajando para adquirir más; pero que por lo que toca á los otros dicen: «El más pequeño rincón del paraíso nos basta.» Mientras que al contrario, el que verdaderamente ama á Dios y no al mundo, debe contentarse con el más pequeño rincón de la tierra; pero en cuanto á los bienes del cielo, debe siempre esforzarse más y más, sin quedar nunca satisfecho. Aquel buen Padre solia tambien decir: «Que para llegar á ser santo no es preciso desear otra cosa que lo que ha de alcanzarse con el solo deseo, á saber, de agradecer á Dios.»

Despues que hemos formado el deseo, es menester entonces resolver firmísimamente entregarnos á Dios sin reserva. Dios nos concede ya este deseo. Este deseo es su voz que cla-

ramente nos habla y nos invita á su amor. Muchas y muchas veces nos ha llamado ya ; y ¿qué estamos aguardando ? ¿deseamos aguardar hasta que deje de llamarnos y nos abandone ? Ahora es tiempo de poner fin una vez para siempre á nuestras vacilaciones y de renunciar á toda cosa que no sea para Dios. No es tiempo de prolongar nuestra resistencia al amor de aquel Señor, que solo merece ser amado. Debemos, pues, desligarnos de todo apego terreno que nos impida ser enteramente de Dios. ¡Resolucion ! ¡resolucion ! ¡Dios ! ¡Dios solamente y nada más que El !

ORACION.

¡Oh Santa mia ! me regocijo con Vos, ahora que os contemplo en el

cielo , donde amais á vuestro Dios con un amor que llena de contento aquel vuestro corazon, que tanto deseó amarle sobre la tierra. Mas ya que , en el cielo , el deseo de ver á Dios amado se ha confirmado juntamente con el amor de vuestro propio corazon , asistid , oh santa Madre , á esta miserable alma mia , que desea arder, como Vos, en santo amor de esta Bondad infinita , que merece el amor de infinidad de corazones. Decid por mí á Jesús lo que una vez le dijísteis por un siervo suyo: « ¡ Señor! tomémosle por amigo nuestro.» Pedidle me inspire tal resolucion de consagrarle mi entera voluntad, una vez para siempre, y de buscar en todo aquello únicamente que más le agrade y que mejor pueda promover su gloria.

Y Vos ¡Dios mio! decidme, ¿qué esperais de mí al concederme tantas gracias? ¡Ah! ya os comprendo, ya os comprendo, ¡tesoro mio, mi todo, y verdadero amador mio! Ya que Vos grandemente me amais, deseais que grandemente os ame, y que me haga todo vuestro. Deseais que mi corazon no esté por más tiempo partido, sino que toda su atencion la ponga en amaros á Vos sólo. Sí, á Vos sólo. Pero, en verdad, si Vos sois el único amable, ¿no es más que justo que sólo Vos seais amado de mí y de todo el género humano? Ya que, pues, Amado mio, me inspirais este deseo de amaros, dirigidme para que pueda ponerlo en ejecucion y amaros tanto como deseais. Si quereis mi corazon, miradlo, aquí está; lo aparto del amor de las criaturas

para darlo enteramente á Vos. Si quereis que desee y pida vuestro amor, sí, Dios mio, os lo pido, y deseo amaros áun más que los Serafines : oid mi súplica. Os lo pido, no para ser distinguido entre los Santos, ni para ganar un alto grado de gloria en el Paraíso, sino tan sólo para ser agradable á vuestros ojos. Ofrézco-me además, con tal que pueda más amaros, á padecer penas de toda especie, y por toda la eternidad, si tal fuere vuestro beneplácito. Oidme, Dios mio , por amor de Jesucristo y por el de santa Teresa. ¡Oh bienaventurada santa Vírgen María, Vos sois mi esperanza : por Vos espero todos los bienes.

MEDITACION V.

De la humildad de santa Teresa de Jesús.

Los corazones humildes son los blancos á los cuales se apuntan las saetas del amor divino ; y así, como solia decir santa María Magdalena de Pazzis, la única práctica que debemos seguir, para obtener el amor divino, es humillarnos. Porque halló Dios lleno de humildad el corazón de santa Teresa de Jesús, se complació en concentrar en él tal cúmulo de gracias. La Santa , hablando de sí misma , declara que las mayores gracias con que la enriqueció el Señor fueron las que recibió al mismo tiempo que más se humillaba delante del Señor.

Era en realidad tan humilde nuestra Santa, que aunque el Señor la tratase como á su querida esposa, segun arriba dijimos, sin embargo ella trataba con su Señor como si fuera una esposa infiel é ingrata. Por esto era que por muchos que fuesen los favores de que Jesucristo la colmaba, y los elogios que los hombres le hacian, nunca pudo persuadirse á pensar bien de sí misma. Aun cuando el mismo Dios le habia dado la seguridad de que sus visiones no eran una ilusion, sino dones de su amor, de modo que al recibirlos le era imposible dudar que venian de Dios, con todo era tan baja la opinion que de sí misma tenia, que temia continuamente ser engañada, no pudiendo creer que concediese Dios tales favores á un alma

tan indigna como se figuraba ser. Un dia, yendo la Santa camino de Búrgos para fundar un convento, hablóle un religioso de la opinion de santidad de que gozaba, á lo que replicó ella: «Tres cosas se han dicho de mí: que cuando era niña tenia buena disposicion y era discreta: hay algunos que ahora dicen de mí que soy una Santa. En otro tiempo creí las dos primeras cosas, y me acusé en confesion haber tenido esta vanidad; pero jamás he admitido tan grande engaño de dar crédito á la tercera.»

En la relacion de su vida, que dirige á su confesor, dice hablando de las gracias que le concedia el Señor: «Primeramente parecíame sentiria confusion en que fuesen conocidas; pero me parece ahora que

muy lejos de ser mejor, soy mucho peor, con relacion á ellas; porque, ¡con tantas gracias soy tan pequeña! Por esta razon me parece, bajo todos los puntos de vista, que no hay en todo el mundo criatura peor que yo.» En otra parte dice: «No hago sino recibir gracias sin aprovecharme, como si yo fuera la cosa más inútil del mundo: todos los demás sacan fruto; yo sola no soy buena para nada.» Cierta persona, viendo cuantos favores recibia de Dios, y cuan grande era en el mundo la fama de su santidad, le decia: «Madre mia, guardaos de la vanagloria.» Teresa de Jesús, asombrada, respondió: «¡Vanagloria! por lo que toca á ella, nada sé: mucho tendré que hacer, viendo lo que soy, para preservarme de la desesperacion.»

Aquella luz de ilustraciones con la que Dios le habia concedido ver la grandeza de Su Majestad, y el amor que le tenia, le hacia mirar como faltas graves los más ligeros defectos en que solia caer, defectos que otros como nosotros no llamarian siquiera tales. En consecuencia, solia exclamar continuamente, llena de confusion: «¡Señor! poned algun límite á tantos favores: ¿cómo es que habeis olvidado tan pronto mis ingratitudes?» Escribiendo la relacion de su vida para su confesor, le pedia, en cierto lugar, publicase sus pecados por do quiera: «á fin de que, decia, no engañe por más tiempo al mundo, que piensa hay en mí algo bueno.» Y cuando aquellos á quienes declaraba su mala vida no querian participar de la opinion

que ella tenia de sí misma, se volvía á su Esposo, y se le quejaba, diciendo: «¡Señor! ¿por qué no quiere creerme esta gente? Consideradlo Vos: por mi parte no sé qué más puedo hacer.» Por otra parte, cuando pensaba que los demás pudiesen tener conocimiento de las gracias que Dios le otorgaba, le causaba tanta pena este pensamiento que, como dice en su Vida, hubiera deseado ser enterrada viva para nunca más ser vista en el mundo. Por lo que sucedió, como ella refiere, que el Señor para tranquilizarla en su aflicción, le dijo un día: «Teresa, ¿de qué tienes miedo? Si los hombres llegan á conocer las gracias que te concedo, sólo podrán ó alabarme á Mí, ó vituperarte á tí.» Añade la Santa, que estas palabras le devolvieron la tranquilidad.

Además, la tranquilidad de nuestra Santa no era como la de algunos que, aún cuando en ciertos casos tienen baja opinion de sí mismos y la publican tambien delante de otros, no pueden todavía suportar que otros publiquen sus defectos y los sujeten á ser despreciados. No, la Santa, semejante á todas las almas verdaderamente humildes, se miraba y dejaba ser mirada y tratada como una vil criatura; y llegó hasta el punto de decir, que no habia música más grata á sus oidos, que las reprensiones que se le dirigian por causa de sus defectos. Con frecuencia fué objeto de desprecio y de injuriosos tratos; y en tales ocasiones su alma, verdaderamente humilde como era, sintió gran placer en verse despreciada, mucho más que si la hubiesen honrado y ensal-

zado. ¡Cuán á menudo, en la fundacion de aquellos monasterios con lo que tanta gloria procuraba á Dios; cuán á menudo se la cargó de insultos como á mujer hipócrita, mentirosa, soberbia y llena de ilusiones! y esto tambien, como sucedió una vez, desde el púlpito y en su misma presencia. El Nuncio del Papa, en un arrebató de cólera, llegó hasta mandarle retirarse á un monasterio y no salir nunca más de él, llamándola mujer inquieta y vagabunda. Encerrose, como se le mandaba, sin defenderse en nada, contenta con haber hallado desprecio y confusion.

En otra ocasion se la delató á la Inquisicion por hechicera y bruja. Habiendo además oido que un religioso le imputaba muchas cosas malas, respondió: «Si este Padre me

hubiese conocido, habria dicho más contra mí.» Al entrar en Sevilla, fué al principio objeto de desprecio y de disgusto, sobre lo cual dijo: «Bendito sea Dios, porque ahora conocen lo que soy.» En otro lugar escribe: «Tan lejos estoy de desear mal á ninguno de aquellos que hablan mal de mí, que me parece hasta sentir por ellos mayor amor que el que antes les tenia.» Cuando se hallaba fundando en Búrgos, caminando la Santa por un estrecho sendero, en el cual se hallaba cierta mujer, pidióle permiso para pasar; pero aquella mujer, viéndola vestida con ropa que demostraba la mayor pobreza, díjole: «Largaos, hipócrita;» y empujándola bruscamente, hízola caer dentro un arroyo cenagoso. Las compañeras de la Santa deseaban repre-

der á la mujer , pero ella se puso de su parte, diciendo: «Dejadla en paz, hijas mias, ¿no veis que esta mujer ha obrado con mucha razon?» Hallábase en otra ocasion en una iglesia, y deseando pasar algunas personas, no tuvo cuidado de levantarse bastante pronto del sitio donde estaba arrodillada, y entonces á puntapiés la fueron arrojando á la otra parte de la iglesia. Otra mujer que habia perdido un zueco, figurándose que Teresa de Jesús se lo habia hurtado , tuvo la imprudencia de abofetearla con el que le quedaba. Todo esto lo llevaba la Santa en paz , más contenta con tales insultos que no lo hubiera estado un mundano con los mayores honores. El tribunal de la Rota atestigua que cuanto mayores ofensas recibia de álguien, tanto más amor

le demostraba. Hasta tal punto llegaba esto, por cierto; que ya se decía comunmente que, para ser amado de santa Teresa de Jesús, era preciso tratarla de una manera humillante é injuriosa.

FRUTO.

Todos desean ser humildes, pero pocos desean ser humillados. San Ignacio de Loyola fué, enviado del cielo por la santísima Vírgen, á dar el siguiente consejo á santa María Magdalena de Pazzis: «Es humildad el alegrarnos de todo aquello que nos conduce á despreciarnos.» Esto significa el ser humildes de corazón, como nos dice lo seamos Jesucristo, á saber, tenernos por lo que realmente somos, y querer que los otros

nos tengan y traten igualmente. Hé aquí, pues, para practicar la humildad, las siguientes importantísimas máximas, que sacamos de la misma Santa: 1.º Evitar toda ocupacion y conversacion que pueda en manera alguna tener que ver con el amor propio, á menos que alguna notable utilidad nos obligare á entrar en ella. La Santa nos advierte que nunca nos adelantemos, como no fuere por obediencia ó por motivos de caridad. 2.º No manifestar jamás nuestra devocion interior, á menos de gran necesidad, y nunca afectar exteriormente una devocion que no exista en el corazon. 3.º Alegrarnos en vernos objeto de quejas, insultos y escarnios, sin tratar de justificarnos, á menos que, finalmente, fuere necesario para mayor bien, «y cuando se nos

culpares, » dice la Santa, « recibamos la reprehension con humildad interior y exterior á la vez, rogando á Dios por aquel que nos reprende. » 4.º Pedir sin cejar á Dios lo que solia pedirle san Juan de la Cruz: ser despreciados por su amor. Finalmente, no aguardar que los sentidos ó la parte inferior del alma hallen su gusto en esto, sino obrar razonablemente, contentándonos con agradar á Dios, y para esto es muy útil ó conveniente ejercitarnos en la oracion en prepararnos para recibir desprecios de todo género, y pedir encarecidamente á Jesús y María nos concedan el cumplimiento de nuestros buenos propósitos en las ocasiones que se ofrecieren.

ORACION.

¡Oh santa abogada mia! que herísteis el corazon de vuestro Dios con vuestra hermosa humildad, os ruego, por el amor que tuvísteis á vuestra querida Madre María, y á vuestro amado Esposo Jesús, me alcanceis santa humildad, á fin de que, transformándome con Vos en imagen de mi Jesús en su estado de humillacion sobre la tierra, pueda un dia verle y amarle con Vos en el Paraíso.

Y Vos, humildísimo Jesús mio, que para enseñarme á sufrir insultos y hacérmelos dulces y agradables, quisísteis ser el más insultado y humillado de los hombres, hasta saciaros de ignominias y haceros el más despreciado de todos: ¡ah!

con la abundancia de vuestras misericordias poned fin al desarreglo que la vanidad introdujo en mi corazón. Veo, ¡oh Salvador mio! que hasta este momento mi orgullo me ha impedido hacerme semejante á Vos en manera alguna. Veo que no puedo ser admitido en vuestro reino, porque no he sido semejante á Vos, que, por mi amor, consentísteis en morir como un malhechor, pendiente de una cruz ignominiosa. ¡Ah, Señor mio! Vos, inocente como érais, sufrísteis tan ignominiosos tratamientos por mí, mientras que yo no he sido capaz de sufrir por Vos los pequeños insultos que he recibido. Conozco que he bien merecido muchas veces el eterno desprecio del infierno. Veo que es un gran castigo por mis pecados que, despues de habe-

ros sido tan ingrato, me haya vuelto tambien tan soberbio. Querido Redentor mio, no he de serlo más en adelante: lo que deseo y os pido, es ser partícipe de vuestras humillaciones, y ya que tan á menudo he tenido la presuncion de despreciar Vuestra Majestad y Bondad infinitas, quiero ahora abrazar toda clase de desprecios para agradaros. Pero ¿de qué me aprovecharán todos mis buenos propósitos, si Vos, ¡Señor! no me asistís para ponerlos por obra? Ya que deseais mi salvacion, ayudadme ¡ó despreciado Jesús mio! por los méritos de las indignidades que sufrísteis, á llevar con alma tranquila todos los desprecios que vinieren sobre mí hasta el fin de mi vida.

Y Vos que, despues de Jesús, fuísteis la criatura más humilde, san-

tísima Madre mia, María, que tan engrandecida fuísteis por vuestra humildad, alcanzadme, Reina mia, una humildad verdadera, no para tener mayor gloria, sino para agradar más á Dios, y hacerme más semejante á Vos misma y á mi despreciado Jesús. Amen.

MEDITACION VI.

De la devocion de santa Teresa de Jesús á la santísima Virgen Maria y al glorioso san José.

Fué concedido á santa María Magdalena de Pazzis contemplar el amor divino bajo la forma de un dulce licor en un precioso vaso. Este licor era distribuido por manos de María santísima. Como todas las gracias

de Dios son otorgadas pasando por las manos de María, también por medio de ella se transmite á los fieles el don de los dones, el divino amor.

Nuestra Santa sabia bien que habia recibido todas sus gracias, y sobre todo el don del amor, que tanto habia enriquecido á su hermosa alma, de manos de esta dulcísima Madre. Y así, para demostrar su gratitud á su santísima Madre, no sabia cómo hacerlo para amarla y honrarla. Desde su tierna infancia, mientras vivia aún en su casa paterna, habia ido en busca de lugares apartados donde poder rezar el Rosario y otras piadosas prácticas en honor de María. Al morir su madre, apresuróse á presentarse delante de su Reina, y con amor y confianza se

ofreció á sí misma por hija suya, protestando que desde aquel momento ella seria su única y más querida Madre. En verdad, en todas sus tribulaciones y necesidades siempre recurrió la Santa á María como á su más amante Madre. Con el especial objeto de verla honrada por do quiera, emprendió la obra de la Reforma de la Orden del Cármen, cuya gloria es batallar bajo la bandera y especial proteccion de la Reina de los cielos.

María, por su parte, que no puede menos de amar á los que la aman, y que áun, segun las palabras de san Ignacio mártir (1), «los ama más que no la aman ellos, no permitiendo ser vencida por sus hijos en este combate de amor;» esta augusta Rei-

(1) *Semper Maria cum amantibus est amantior.* (S. Ignat. Mart. Epist. ad Aurel.).

na sabia muy bien cómo pagar y sobrepajar el amor de su queridísima hija, alcanzándole grande abundancia de gracias. El día en que se dignó bajar del cielo tan tiernamente y adornar á nuestra Santa con sus propias manos con un místico y precioso collar, hízole comprender claramente cuánta satisfaccion sentia el verla, por su mediacion, llegada al punto de ser la esposa más querida que tenia Jesús. Se ve aún con más claridad por las circunstancias de su muerte, cuánto la amaba esta cariñosa Madre, que se apareció entonces al lado de su amada hija, á fin de fortalecerla para su partida y recibir en sus brazos á su bendita alma.

Tenia tambien nuestra Santa gran devocion á san José, el glorioso es-

poso de María ; y áun puede decirse que la gloria de encender en el mundo la devocion á aquel gran Santo á ella corresponde. Desde su tierna niñez habia sentido un gran cariño hácia san José. Jamás emprendia cosa alguna sin recomendarla á san José, su señor y padre, — llamándole así por el afecto y reverencia que le profesaba.— Todos los conventos que fundaba los ponía bajo su advocacion ; y cuando llegó á ser honrada por la Iglesia como á Santa, y algunas Religiosas suyas sustituyeron al título de san José el de santa Teresa de Jesús, aparecióse en Avila á sor Isabel de Santo Domingo, y le mandó reponer el título de san José cuanto antes, atestiguando desde el mismo cielo, que la gloria de su amado Santo era un objeto de

mayor estima para ella que la suya propia.

Bien sabido es cuán extremadamente reservada era la Santa, por su humildad, en todo lo que tuviese relacion con la manifestacion de las gracias que recibia del cielo; pero el deseo de ver glorificado de todos los hombres á san José era tan grande, que no vaciló en dar á conocer los favores extraordinarios que habia por él alcanzado, como por su canal. En la historia de su vida ella confiesa que no recuerda haberle pedido gracia alguna sin que la alcanzara. «Casi pareceria increíble, escribia, si quisiera contar las muchas gracias que me ha otorgado Dios por medio de este bienaventurado Santo, como por su canal, ó los peligros de que me ha librado así de

cuerpo como de alma.» «A otros Santos, añade, parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas. Parece que por este medio quiso el Señor darnos á entender que, así como fué su voluntad estarle sujeto en la tierra, así tambien del mismo modo le concede ahora en el cielo cuanto le pide. Querria yo persuadir á todos, dice, fuesen devotos de este glorioso Santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere.»

FRUTO.

San Francisco de Sales solia decir : «Despues de los méritos de Jesucristo, la proteccion de María es tan poderosa y provechosa para el alma, que, segun mi sentir, lo miro como el más firme apoyo que podemos tener para con Dios.» El Padre Suarez afirma que, segun la opinion comun en la Iglesia, la proteccion de María es provechosa y necesaria, porque Dios tiene dispuesto conceder todas las gracias por medio de María.

Amemos, pues, á María, y recurramos á su proteccion si queremos salvarnos y santificarnos ; dirijámonos á ella con san Bernardo, como «único fundamento de nuestra es-

peranza ;» con san Buenaventura, como «salvacion del que la invoca ;» con san German, como «vida de los cristianos ;» con san Agustin, como «único refugio de los pecadores ;» y terminémoslo todo saludándola, con toda la Iglesia militante, como «nuestra vida y esperanza :» *Vita, dulcedo, spes nostra, salve.*

Santa Teresa de Jesús solia decir además, que no podia comprender cómo era posible tener devocion á la Reina de los Angeles sin tener especial afecto á su esposo san José, que tan diligente fué en la tierra en servir á María y á su querido Hijo Jesús. Acudamos, pues, á esta Santa, y pidámosle nos alcance la devocion á María santísima y á san José.

ORACION.

Alégrome ¡oh Teresa de Jesús! de que esteis en el cielo en compañía de vuestro padre san José, que tan tiernamente os amó y tanto os favoreció en la tierra. Ahora que le dais gracias y os gozais contemplando la gloria grande con que Jesús le enriqueció, encomendadme al cuidado de este poderoso intercesor; rogadle me tome tambien á mí, miserable como soy, bajo su protección. Rogad igualmente, Santa mia, á aquella divina Madre cuyo poder es universal; y pues se gloria en ser el refugio de los pecadores, decidle que yo soy uno de ellos y el más miserable de todos. Pedidle me mire en adelante con compasion, habiénd-

dole sido encomendado por Vos ; que me socorra en las tentaciones, y venga á asistirme en la hora de la muerte. Decidle que pongo en sus manos la esperanza de mi eterna salvacion. Decidle esto, Santa mia, y Ella por cierto os escuchará ; porque, amándoos tanto como os amó en la tierra, ¿ cuánto más no os amaré ahora en el cielo, donde Vos la honrais y amais más tambien ? Como María es mi soberana Reina y mi principal abogada para con Jesucristo, sed tambien igualmente ¡ oh Teresa de Jesús ! mi abogada para con María.

Y ahora me dirijo á Vos , gran protector mio san José : no os desdeñeis de tomar bajo vuestra proteccion el más ingrato pecador de cuantos viven : os lo suplico por el amor de vuestro queridísimo Jesús , por

el de María vuestra esposa, y por el de Teresa de Jesús, á quien tanto amais y que tanto trabajó en la tierra para aumentar vuestra gloria. Haced que muera, como Vos, en brazos de Jesús y María.

Y Vos, santísima Vírgen María, que sois la salvacion, el consuelo y el tesoro de las almas, haced que os sirva y ame: en Vos pongo todas mis esperanzas.

Y finalmente, Vos, dulcísimo y amadísimo Redentor mio, que sabeis perfectamente que el único motivo de implorar la intercesion de María, José y Teresa, es porque no quisiera perderos, sino amaros y amaros mucho: ¡ah! Dios mio, mi todo, único amor mio y Rey de mi corazon, reinad, reinad enteramente solo; mandad á todos mis sentidos y

potencias, y con la dulce influencia de vuestro amor haced que os obedezcan como Vos exigís. Rey y Padre mio, os doy mi voluntad y libertad por entero; aceptadlas, y haced siempre de mí lo que os agrade. Haced que os ame y sea amado de Vos: nada sino esto deseo y con esto estoy contento. Amen.

MEDITACION VII.

**De la herida de amor con que Dios
llagó el corazon de santa Teresa
de Jesús.**

Desde el dia en que Jesús declaró tan amorosamente á santa Teresa que era su esposa, como dijimos ya, quedó siempre tan arrobada en su Amado, que en nada podia pensar

sino en darle gusto. Viéndose tan altamente favorecida de su divino Amante y tan falta al mismo tiempo de los medios de corresponder á tantas gracias, exclamaba, con la Esposa de los Cantares, su alma enternecida : «Sostenedme con flores; cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor. (II, 5).» Animábase entonces, ya con el deseo de padecer lo que más pluguiese á Dios, ya ardentemente suspirando por la muerte á fin de poderle amar con mayor perfeccion : estas eran sus flores. Pero además de esto, procuraba fortalecer su lánguido corazon con los frutos del amor, tales como buenas obras, penitencias, humillaciones y, más particularmente, los trabajos que emprendia y le sobrevenian en la grande obra de la Reforma, du-

rante la cual fundó treinta y dos conventos, pobre como era, falta de todo humano socorro y luchando con la oposicion de los grandes de este mundo, como recuerda la Iglesia en las lecciones de su Oficio.

Su buen éxito, sin embargo, era demasiado pequeño para satisfacer los ardientes deseos que tanto pesaban sobre su corazon, de agradar á su celestial Esposo ; y protestaba á su Amado que no podia sufrir verse tan enriquecida con los dones que recibia, y tan mezquina en lo que hacia para corresponder. En consecuencia, envuelta como vivia en las santas llamas del divino amor y desprendida siempre de sí misma, estaba á menudo toda abrasada y desfallecida en la ternura de su alma. ¡ Oh ! ¡ qué hermoso espectáculo

para los bienaventurados espíritus que la asistian, el de esta generosa esposa del Crucificado que clamaba en sus desfallecimientos: «Conjúroos, hijas de Jerusalem, si halláreis á mi Amado, que le digais que desfallezco de amor. (*Cant.* v, 8).» El efecto de este santo desfallecimiento, como enseñan los Doctores de la Iglesia, es olvidarse el alma de sí misma y de cuanto le concierne, de modo que no ama nada sino á su Amado, y en nada piensa sino en agradarle. Amor de esta clase es amor de esposa, como hace notar san Bernardo en las siguientes palabras, en las que representa á un alma levantada á esta felicidad, hablando de esta suerte: «El siervo teme, el hijo honra, el mercenario espera; y yo, porque soy una esposa, amo

el amar, amo el ser amada, y amo el Amor mismo.» Tal era precisamente nuestra seráfica Santa: desfalleciendo en su felicidad, olvidando todo lo que no tenía relación con el amor divino, amando y siendo amada, el único objeto de sus desvelos era agradar á Dios; la única recompensa que deseaba era un aumento de amor á Él.

Pero, así como el cazador, para apoderarse de su presa, trata de asegurarla hiriéndola muchas veces, así parece haber obrado el divino Arquero respecto de Teresa de Jesús, enviándole en varias ocasiones un Serafin para herir aquel corazón que Él quería fuese enteramente suyo. Oigamos cómo la misma Santa nos explica esta gracia, en el capítulo xxix de su Vida: «Quiso

el Señor que viese aquí algunas veces esta vision: veia un Angel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal... En esta vision quiso el Señor le viese así, no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecia de los Ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me po-

ne este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y áun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.»

¡Oh amorosa herida! debemos, pues, exclamar; ¡oh dulce pena! ¡oh fuego digno de nuestro anhelo! Herida que haces amar á Aquel que la produce, dulce eres, pues excede tu dulzura á todas las delicias que puede dar el mundo: ¡oh fuego más digno de ser deseado que todos los reinos de la tierra! tú eres el don más precioso que el divino Amador puede otorgar á sus fieles y amadas esposas; don que directamente pro-

cede del amante Corazon de Dios, y cuyos efectos, como solia decir la Santa, es dejar el alma descontenta de todo lo que no sea Dios.

Aquel que tiene el corazon muy herido no puede dejar de pensar en aquel que lo hirió; y si quisiese olvidarle, la pena que sentiria le volveria otra vez á su recuerdo. Del mismo modo, el alma herida del amor de Jesús no puede vivir sin amar á Jesús y sin pensar en Él. Sucederá que las criaturas ó el mundo traten de distraer su atencion de su meditacion amorosa; la herida del corazon oblígale dulcemente á volver á ella y á desfallecer de amor hácia Aquel que lo llagó: tal era precisamente el estado de nuestra Santa, que termina la relacion de esta gracia con las siguientes palabras:

«Los dias que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado.»

Mas ¡oh Dios mio! ¿quién habrá que no acepte esta pena, si tal puede ser llamada la que nace de este delicioso fuego de amor, que forma la felicidad de los Santos en el cielo y los llena de gozo por toda la eternidad? Para preparar, sin embargo, el corazon á recibir este fuego y estas heridas, preciso es resolverse, de una vez para siempre, á desterrar muy lejos todo lo que no sea Dios y despedirse generosamente de todas las criaturas, diciéndoles así: Mundo, honores, riquezas, criaturas, ¿qué queréis de mí? renuncio á vosotros por completo; me despido de

vosotros : á Dios. Mi Dios me ha abrasado en fuego de amor : Él me ha herido ; por su amor ha conquistado finalmente todo mi corazón : Él me ha hecho conocer que no estará contento con menos que con su entera posesion. Idos , pues , de mí , criaturas : no podeis contentarme , y no deseo ya los gustos que vosotras dais. Id y contentad á quien os busque : yo no os quiero ya. Y ¿ qué es lo que quiero ? A Dios sólo quiero : con Dios estoy contento : Dios sólo , sí , sólo Dios me basta. Bastante os he amado y servido por desgracia mia. El tiempo que deba pasar aún en la tierra , sea cual fuere su duracion , quiero emplearlo entera y sinceramente en amar á aquel Dios que en amarme fué el primero , y merece y pide todo mi amor.

FRUTO.

Solemos quejarnos de que, buscando á Dios, no le hallamos. «Desprended vuestro corazón de todo, dice santa Teresa; buscad á Dios, y le hallaréis.» De otra suerte, las cosas que amamos nos irán apartando de Él continuamente y nos impedirán hallar á Dios. Dijo el Señor un día á nuestra Santa: «¡Oh! cuánto y con qué gusto hablaría yo á gran número de almas! pero el mundo hace gran ruido al rededor de sus corazones y en sus oídos, de modo que mi voz no puede hacerse oír. ¡Oh! ¡si quisiesen siquiera separarse un poco del mundo!» Muchas almas hay dadas á la oracion, en las cuales apenas halla un pequeño sitio el amor divi-

no, porque van á la oracion con el corazon lleno de afecciones terrenas. Por esta razon observa san Ignacio de Loyola, que un alma desprendida aprovechará más en un cuarto de hora de oracion, que un alma no desprendida en muchas horas. No bien el pájaro se ha escapado del lazo, que ya echa á volar; así tambien no bien el alma, que no puede vivir sin amar al Criador ó á las criaturas, queda libre de los afectos terrenos, que vuela rápidamente hácia Dios. Los maestros de la vida espiritual dicen que los defectos no nos impedirán adelantar en perfeccion, cuando el alma procura levantarse otra vez en paz y humildad, apenas ha caido; pero que lo impedirá la más mínima afeccion, aunque fuese como un hilo. El Senado de Roma,

segun refiere san Agustin , decretó honores divinos á treinta mil deidades, esto es, á todas cuantas eran tenidas por tales en el mundo; pero que se negó á decretarlos al Dios de los cristianos, al cual llamó Dios celoso, porque conocia que queria ser adorado exclusivamente. Y tenia razon el Senado romano en lo que de tal suerte alegaba; no porque nuestro Dios sea orgulloso, sino por ser el Dios verdadero. El ladron se contenta con un pedazo, pero el dueño no se contenta sino con el todo. Dios quiere, pues, ser el único dueño de nuestro corazon; y por esto nos impuso este precepto: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon. (*Matth.* xxii, 37).» «Obremos de tal suerte, dice santa Teresa á un superior, que desprendamos nuestras

almas de toda cosa criada, para que puedan ser esposas de un Rey que es tan celoso, que las quisiera olvidadas de todo y áun de sí mismas.» Trabajemos, pues, en desprender nuestro corazon de las riquezas con el amor de la santa pobreza; de los placeres con la mortificacion; de los honores con la humildad; de los parientes con el despego; y, finalmente, de la voluntad propia con la obediencia á los superiores, dirigiendo con frecuencia á Dios la siguiente oracion: «Criad en mí, Dios mio, un corazon recto. (*Ps. L, 12*).» Dadme, Señor, un corazon vacío y desprendido para que pueda llenarlo vuestro santo amor.

ORACION.

¡Oh seráfica santa mia, Teresa de Jesús! Vos en quien vuestro Esposo tan afectuosamente encendia su fuego, y á quien heria al mismo tiempo con su amor, rogadle, rogadle por mí, para que herido por mi Dios y en adelante abrasado por Él, el solo que merece ser amado, me olvide de todas las criaturas para amar tan solo á mi Criador. Y Vos, divino Amador mio; Vos, querido Jesús mio, pues es vuestra voluntad que os ame, por los méritos de vuestra Sangre, por la pureza de vuestra Madre María, por los amorosos transportes de vuestra devota santa Teresa, haced que este mi corazon que criásteis pueda amar á Vos tan sólo, Dios mio y mi todo; que empiece

desde ahora en adelante á tener los bienes de la tierra en lo que realmente son, cosas viles y miserables, y que, amándoos á Vos, empiece á teneros en lo que sois, el único, el infinito bien. No os desdeñeis, Señor, os lo suplico, en admitir á vuestro amor á un corazon que tanto siempre amó á las criaturas á pesar vuestro. Veo claramente que, por esta razon, no soy digno ya de amaros; mas Vos no habeis dejado de ser, sin embargo, un Dios infinitamente amable, como siempre fuísteis. Concededme esta gracia, y haced que os ame mucho y no ame más que á Vos. ¡Oh! ¡si os amara, amabilísimo Salvador mio, si os amara de corazon! No habria entonces seguramente más lugar en mi corazon para las criaturas. Pero, ¿por

qué no tomáis Vos, querido Salvador mio, todo mi corazon, dándolo, como os lo doy, entero y sin division á Vos? Si estuviese apegado á las criaturas, desprendedlo Vos mismo de ellas con los suaves atractivos de vuestro amor. ¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio, Dios mio! venid á mi pobre y herido corazon, y con vuestras benditas llamas consumid y reducid á cenizas todos los deseos, solicitudes y afectos que no tuvieren á Vos por objeto.

María, Madre mia, ayudadme; Jesús, amor mio, oidme: prevalezcan vuestros méritos sobre mis desméritos; venza vuestra bondad á mi malicia, y triunfe vuestro amor infinito de la ingratitud de mi corazon. Amen. Amen. Así os lo pido, así lo espero. Así sea.

MEDITACION VIII.

Del deseo de morir de santa Teresa de Jesús.

Si el amador del mundo tiene miedo de dejar sus bienes, fugaces y miserables como son, mucho más temen los Santos perder á Dios que es bien infinito y eterno, y prometió entregarse Él mismo en el cielo en premio al que le hubiese amado en la tierra, admitiéndolo al goce de su belleza y de su propia felicidad. Por este motivo es que así como mientras vivieron, todo su temor fué simplemente el de pecar, y así perder la amistad de aquel Señor á quien tan bien amaron; de la misma manera todo su deseo fué morir en gracia de Dios y con la muerte

adquirir la seguridad de amarlo y poseerlo para siempre. La muerte, pues, que es el objeto de mayor terror para las almas apegadas á la tierra, es lo que especialmente desea el que ama á Dios; porque, dice san Bernardo, es á un tiempo para estas almas dichas el término de sus trabajos y la puerta de la vida. De aquí es que vemos á los Santos llamando el uno cárcel á esta vida, y rogando á Dios lo saque de ella: «Sacad mi alma de esta cárcel. (*Ps.* cxli, 8).» Otro, como san Pablo, la llama verdadera muerte: «¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte? (*Rom.* vii, 24).» Pero ¿cómo podrémos expresar la pena y angustia sumas que sentia nuestra Santa por el deseo de la muerte, principalmente despues que Dios la hu-

bo llamado á su perfecto amor? Ella protesta en la Historia de su vida que escribió por obediencia á su confesor, que el deseo que tenia de morir para que así pudiese ver á Dios, era tan grande, que ni siquiera le dejaba tiempo para pensar en sus pecados. Así hablaba esta humilde Esposa de Jesús crucificado, porque estaba de continuo llorando aquellas imperfecciones en amar á su Esposo en que habia caido en el pasado; imperfecciones que llamaba monstruosas y merecedoras del infierno; pero que en realidad, como declaran sus biógrafos, jamás llegaron á pecado mortal.

Pensando además la Santa en el peligro en que se hallaba mientras le durase la vida de ofender á Dios y perderlo, solia decir que un solo

dia y áun una hora sola le parecia tiempo demasiado largo. De aquí que exclamase: «¡Ay de mí, Señor! mientras permanezco en esta vida miserable, la vida eterna está siempre en peligro. ¡Oh vida, enemiga de mi bien! ¡quién pudiera llevarte á tu fin! Yo te sufro porque Dios te sufre: yo te guardo porque perteneces á Él; no te hallé jamás pérfida ó ingrata. ¡Oh! ¿cuándo llegará el bendito dia en que podré contemplarte absorbida en el infinito Océano de la verdad suprema, cuando no tendrás ya más la libertad de pecar?»

Al temor de poder ofender á Dios en esta vida se añadía el gran deseo que esta amante alma tenia de ver cara á cara al objeto único de su amor, á fin de poder así amarlo más perfectamente y para siempre vivir

unido con Él. Por esto no podia sufrir el verse tan distante de aquella tierra de los bienaventurados; y con abundantes lágrimas así exhalaba sus quejas delante de su Dios: «¡Ay de mí! ¡ay de mí, Señor! que es muy largo este destierro; ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesús! ¡qué larga es la vida del hombre! Breve es, mi Dios, para ganar la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios.» Otras veces, mezclando con sus amorosas penas su desconfianza en sus propios méritos y su confianza en Dios, se ocupaba en componer la siguiente série de amorosas jaculatorias que tan gratas eran á su Amado: «¡Oh vida! decia, ¡oh vida! ¿cómo puedes sustentarte estando ausente

de tu vida? ¡Oh muerte! ¡oh muerte!
no sé quién puede temerte, pues en
tí hay la vida. Pero, ¿quién no te te-
merá despues de haber gastado una
parte de esta vida sin haber amado á
su Dios? ¡Oh alma mia! sirve á Dios
y espera que en su misericordia sa-
nará tus miserias.»

Mas para comprender la exten-
sion de este ardiente deseo de mo-
rir que tenia nuestra Santa, seria
preciso que conociéramos la pena
que sentia al ver que se prolongaba
su vida: cuenta ella á su confesor
que era tal, que parecia ya destruir
su vida y darle fin: bajo su influen-
cia llegaba tambien hasta caer en
éxtasis. Para desahogar sus afectos,
compuso á este propósito aquellos
abrasados versos de su célebre glo-
sa, que empieza así:

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo, etc.

En otro lugar dice en términos más enérgicos todavía: «¿Cuándo será, Dios mio, que veré al fin á mi alma perfectamente unida con Vos, y que todas mis potencias se alegrarán en Vos? No permitais, Señor, que viva mi alma por más tiempo en este lastimoso estado: parece realmente como si se viera despedazada por todos lados.»

En una palabra, todo el alivio y consuelo que experimentaba en esta vida era pensar en la muerte. Así, solia animarse mientras estaba en la tierra, con semejantes palabras: «Entonces, entonces, alma mia, habrás entrado en tu descanso, cuando estarás conversando con aquel sobe-

rano Dios y conocerás lo que El conoce; cuando amarás lo que El ama y gozando de lo que forma su bienaventuranza; porque entonces estarás libre de la miserable voluntad propia.» Así, puede decirse, la vida de nuestra Santa era sostenida por la esperanza de aquella eterna vida, por la cual habia sacrificado todos los bienes de este mundo. «Yo mejor habria querido vivir y morir, nos dice, esperando la vida eterna, que poseer todos los bienes de la tierra. No me abandoneis, Señor, porque en Vos espero; con tal que sin cesar pueda serviros, haced de mí cuanto os pluguiere.»

FRUTO.

Sea, pues, el fruto de esta meditacion un gran deseo del paraíso.

Cuando á san Felipe Neri le ofrecieron el cardenalato, arrojó al aire el birrete y, mirando al cielo, exclamó: «¡Paraíso! ¡Paraíso!» El beato Gil se arrobaba en éxtasis, cuando los muchachos solian decirle por broma: «Hermano Gil: ¡Paraíso! ¡Paraíso!» Existe una opinion entre los teólogos de que hay en el purgatorio una pena especial llamada de languidez, con que se castiga á los que en vida sólo tuvieron débil deseo del paraíso, lo cual está muy puesto en razon, pues poco ama á Dios aquel que poco desea ir á gozar de su belleza infinita, sin velo, y mucho más siendo, como es, casi imposible para nosotros no ofenderlo de continuo, á lo menos venialmente; y áun cuando lo amemos aquí bajo, nuestro amor es, sin embargo, tan

imperfecto, que apenas conocemos que lo amamos de veras.

Anhelemos el paraíso, donde no ofenderemos más á Dios y lo amaremos siempre con todas nuestras fuerzas. Cuando las tribulaciones de esta vida pesen gravemente en nuestro corazon, animémonos con la esperanza del paraíso á llevarlas en paz. Cuando el mundo ó el demonio nos ofrezcan frutos prohibidos, volvámosles animosos las espaldas y dirijamos nuestra vista al paraíso. Si nos espanta el temor de los juicios divinos, cobremos vigor con la esperanza en la bondad de nuestro Dios, quien, para hacernos comprender cuánto desea darnos el paraíso, nos mandó bajo pena de condenacion, esperarle de su misericordia. Quiso tambien comprarlo á costa de su san-

gre y de su muerte, para obtener de esta suerte en favor nuestro aquella bienaventuranza; y á fin de darnos mayor seguridad de ella, quiso darnos una prenda en el don que nos hizo de sí mismo en el santísimo Sacramento del altar.

Si nuestra flaqueza nos espanta, fortalezcamos nuestra esperanza con la bondad misma de Nuestro Señor, quien, despues de habernos dejado sus méritos para darnos derecho al paraíso, nos concederá tambien fortaleza para perseverar en su gracia hasta el fin de la vida, tantas cuantas veces recurramos á su misericordia y le pidamos esta fortaleza y perseverancia.

ORACION.

¡Oh Santa abogada mia! me regocijo con Vos de que hayais alcanzado

el puerto y término de vuestros suspiros: ahí no creéis ya, sino que contemplais la hermosura de Dios: ahí ya no esperais, sino que poseeis el soberano bien: ahí estais ahora gozándoos en la clara vision de aquel Dios á quien por tanto tiempo deseásteis y amásteis. Ahí vuestro amor se sacia; nada hay ahí que haga ansiar á vuestro amante corazon. ¡Oh Santa mia! tened piedad de mí, que todavía estoy en medio de la borrasca: rogad para que alcance mi salvacion, y pueda juntarme con Vos para amar á este Dios que tanto deseais ver amado.

¡Oh patria hermosa! ¡oh patria bienaventurada de las almas que aman á Dios! donde lo aman sin temor de perderlo, sin tibieza, sin fin, yo te saludo de lejos desde este valle

de lágrimas y por tí suspiro, sólo porque en tí amaré á mi Dios con todas mis fuerzas y para siempre.

Y Vos, Jesús, amor mio, ya que me habeis criado para que eternamente os amara; ya que con tanta instancia me habeis mandado amaros; ya que sólo y enteramente por esto, me habeis dado vida y preparado, áun cuando era enemigo vuestro; ya que sois tan amable y amante para mi alma, que no sabeis hacer otra cosa, si así puedo decirlo, que haceros amar de mí, ingrato é indigno gusano de la tierra como soy; decidme, Señor, ¿por qué no os amo? Decidme, ¿cómo es que pueda amar cosa alguna fuera de Vos? ¡Ah, amabilísimo Señor! veo que justamente debiera ser condenado á no poder amaros ya más: mas no, Amor mio,

gustosamente acepto cualquier otro castigo menos este. Haced que os ame, y castigadme entonces como os plazca : quiero salvarme para amaros. Cambiad este corazon mio : ayudadme á sacar de él todo amor que no sea para Vos : Criador mio , Dios mio , Vida mia , Amado mio , Amor mio , mi todo , salvadme ; os ruego que me salveis, tan sólo á fin de poder amaros con todas mis fuerzas. Concedédmelo por amor de Jesús y María.

¡ Ah María ! ¡ María ! Vos sois mi esperanza ; Vos podeis cuanto querais ; nunca despedís sin consuelo á quien recurre á Vos. A Vos , pues, acudo ; en Vos confio ; por Vos espero amar á Dios por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION IX.

De la preciosa muerte de santa Teresa de Jesús.

La santa Madre, al dejar la ciudad de Búrgos, deseaba ir á su querido convento de Ávila, para poder descansar por algun tiempo en su primero y favorito nido, donde habia comenzado su Reforma: pero su celestial Esposo la citó á otra mansion y á otro descanso. Queríala ya en la region de los bienaventurados; por esto permitió que, mientras hacia su camino, su Provincial le enviase la órden de ir al convento de Alba, donde la aguardaba Dios para librarla de la cárcel de esta vida y conducirla á las bodas eternas.

¡Id, Santa mia, id! vuestro Esposo juzga que habeis ya trabajado bastante, y su Corazon se compadece de vuestros suspiros. Id al descanso que deseais : id al puerto despues de haber aguantado la tempestad. Id á comenzar aquella nueva vida de amor, en la cual entraréis por medio de una muerte de amor, que vuestro Esposo os prepara en este favorecido lugar.

Obedeció la Santa y llegó á Alba el dia de san Mateo del año 1582, á las seis de la tarde. Diéronle sus hermanas la bienvenida con gran reverencia y afecto, tal vez no sin algun presentimiento de que la perderian antes de mucho. Recibieron su bendicion y besaron su mano, mientras la Santa, tierna y cariñosamente les hablaba.

Cuando llegó se hallaba fatigada del camino y no repuesta de un ataque de calentura, de suerte que se acostó en seguida á instancias de sus hijas, diciendo: «¡Oh! Dios me asista, queridas hijas, pues me siento completamente abatida. Hace más de veinte años que no me he retirado á la cama tan temprano. Bendito sea el Señor, que me ha puesto enferma entre vosotras.»

Durante los ocho dias siguientes fué continuando su dolencia, sin embargo no quiso nunca consentir que esto le impidiese levantarse para recibir en el Santísimo Sacramento á su Jesús, que era la única vida de su vida.

Pero, el dia de san Miguel, padeciendo aún la enfermedad que debia llevarla al sepulcro, fuése á acostar

en la enfermería, para no dejarla más. Allí estuvo un dia y una noche en éxtasis de oracion, y durante este tiempo adquirió el conocimiento de que el tiempo de su partida era cercano. Habiendo sabido por revelacion la hora y momento de su muerte, dijo entonces á la venerable Ana de san Bartolomé, su querida compañera en todos sus viajes, que habia llegado la hora de su partida. Tres dias antes de su muerte, cuando el P. Antonio de Jesús hubo llegado para oír su confesion, díjole este Padre pidiese á Dios le conservase la vida para bien de la Reforma; mas contestóle la Santa, que no habia ya necesidad de pensar en ello, pues era su muerte cierta y su presencia en la tierra innecesaria ya. Dispusieron los médicos que le aplicasen unas

ventosas, á lo que sujetóse gustosamente, no por deseo alguno de curar, sino por el muy ardiente ansia que tenia de padecer y terminar su vida padeciendo, como siempre habia deseado, por amor de su queridísimo Esposo, cuya voluntad habia sido la de morir entre muchos tormentos.

La víspera de san Francisco pidió el Santísimo Viático; y mientras se lo traian, estando reunidas en su cuarto todas las religiosas, prorumpió en llanto, y juntando ambas manos, les dijo: «Hijas y madres mias, perdonadme los malos ejemplos que os he dado, y no me imiteis á mí, que soy la mayor pecadora del mundo, y he observado menos que las demás mi Regla. Por amor de Dios, hijas mias, os ruego observeis esta Regla perfectamente y seais obedien-

tes á vuestras superiores.» Ella, que tanto habia amado la obediencia, no recomendó otra virtud en el momento de su muerte, sabiendo, como sabia, que la perfeccion de cada religiosa depende de la perfeccion de su obediencia.

Habiendo llegado el Sagrado Viático, tuvo ánimo, al ver á su Esposo, para levantarse y sentarse aun cuando su debilidad le permitia apenas moverse. El ardor que su amor le infundia era tan grande, como se refiere en su Vida, que parecia pronta á lanzarse fuera de su cama para salir al encuentro del único Amado de su alma y recibirle. Púsose su semblante tan claro y resplandeciente, que no se le podia mirar por largo tiempo. Juntó entrambas manos, ardiendo como el fénix en el más

vivo fuego, á medida que se acercaba el fin de su vida y cuanto más amorosamente platicaba con su Esposo, lo que arrancó lágrimas de todos los presentes. Decia entre otras cosas: «¡Oh Señor y Esposo mio! la hora por tanto tiempo anhelada ha llegado por fin. Es hora ya por fin de que podamos vernos mutuamente, ¡Señor! Amaneció finalmente el dia en que voy á dejar el lugar de mi destierro, y mi alma va á participar con Vos de aquel gozo que tan ardentemente ha deseado.»

Lo que le dió en aquella hora mayor consuelo, y excitó sobre todo su gratitud hácia Dios, fué el ser hija de la Iglesia Santa; así es que no cesaba de repetir: «Despues de todo, Señor, soy hija de la Santa Iglesia.» Repetia tambien con frecuencia aquel versí-

culo de David: «Vos no despreciaréis, Dios mio, al corazon humillado y compungido.» Al dia siguiente, despues de haber recibido la Extrema-uncion, estuvo estrechamente abrazada con el Crucifijo, y por espacio de catorce horas permaneció arrobadada, con el semblante brillante como fuego é inmóvil; comenzando entonces la gran gloria que Dios le habia preparado en el cielo, á donde la llamaba su Esposo con estas palabras: «Levántate; apresúrate, amada mia, y ven. (*Cant.* II, 10).» Entonces fué cuando su hermana Ana, su compañera, antes de espirar la Santa, vió á Jesús su Esposo con una muchedumbre de Ángeles que se colocaban al pié de su cama, aguardando el momento de poderla llevar al cielo. Tambien vió, haciéndole compañía,

á María, su dulce Madre, y á su querido Padre san José. Vió, finalmente, á muchedumbre de personas vestidas de blanco y todas resplandecientes de luz, que entraban con gran gozo en la celda de la Santa moribunda: se cree fuesen los diez mil mártires que le habian prometido acompañarla al paraíso. Llegaron junto á la cama en aquel momento en que Teresa de Jesús, consumida su hermosa vida en ardiente fragua de amor, en fuerza de dicho amor espiraba dulcemente. Su alma bienaventurada, lanzándose fuera de su cárcel, voló como una paloma á tomar posesion de su Amado; y en el mismo instante, por cierto, vióse á su alma como una paloma volando hácia el cielo. En el mismo instante aparecióse gloriosa á su hermana

Catalina de Jesús, y le dijo que su vida habia terminado por la vehemencia de su amor y que habia ido á gozar de Dios. Inmediatamente exhaló su virginal cuerpo una fragancia deliciosa, que se difundió por todo el convento.

FRUTO.

Contemplemos la hermosa recompensa con que son galardonados, en la hora de la muerte, los trabajos de los Santos. Mientras que los pecadores experimentan en su muerte los primeros frutos de su condenacion: tristeza, confusion, remordimiento, desesperacion; los Santos, al contrario, tienen como un gusto anticipado del paraíso: confianza, paz, alegría y gozo. ¡Ay! ¿cómo es po-

sible haya tantos tan ciegos que ocupen todo su pensamiento en las cosas de este mundo, sabiendo, como saben, que pronto tendrán que dejarlas? Venid, venid, insensatos; venid y ved en esta pobre celda de Teresa de Jesús cuán gozosos mueren y dejan el mundo aquellos que lo dejaron durante su vida para darse á Dios. ¡Oh alma devota! fija siempre tus ojos en aquellas escenas del fin de la vida que llegarán para tí á la hora de tu muerte: haz ahora lo que quisieras hacer entonces, pero no podrás, y serás santa y será también tu muerte muy feliz.

ORACION.

Ved, pues, ¡oh Teresa de Jesús! oidos vuestros suspiros, cumplidos

vuestros deseos, satisfecho vuestro amor. Libre estais ahora del destierro. Habeis alcanzado ya el lugar de vuestro descanso. En aquella querida patria no pedís ya que se acabe vuestra vida, porque poseeis aquella real y verdadera vida que saciará plena y eternamente vuestro corazón y no os dejará nada más que desear. Gozándoos estais ahora en aquel Bien que fué el objeto de vuestro amor. Amais á aquel Dios á quien buscábais, y poseeis aquel Amor que tan ardientemente ansiábais. Este pensamiento me alienta, y me regocijo con Vos, dando gracias al Señor que os ha coronado ya por esposa suya por toda la eternidad, y os ha glorificado en sumo grado en la mansion de los bienaventurados. Pero en medio de tanto resplandor

no os olvideis de nosotros, miserables como somos; tened compasion de nosotros que andamos por este destierro llorando, como viajeros en este valle de lágrimas, y estamos siempre en peligro de perder á Dios. Por piedad pedid Vos misma á vuestro Jesús en favor nuestro, para que nos perdone los muchos pecados que hasta ahora hemos cometido. Rogadle que nos libere del apego á las cosas de este mundo, que nos impedirian ir un dia á juntarnos con Vos para amarlo en el Paraíso.

Vos, amable Redentor mio y Padre de las almas, salvadme tambien para gloria de vuestros méritos, haciendo que salga de este mundo en vuestra gracia. ¡Ah, único bien mio! es verdad que he sido la más ingrata de vuestras criaturas; es verdad

que cuanto más me habeis favorecido, tanto más os he sido ingrato. Pero desde hoy deseo verdaderamente amaros con todo mi corazón y consagrarme para siempre á vuestro puro amor. Recibidme, Señor mio; me entrego y consagro á Vos sin reserva. Abandono y desprecio como basura cuanto aprecia el mundo y cuanto ofrecerme puede, á fin de poseeros á Vos tan sólo, Jesús mio, junto con vuestro amor. En una palabra, Dios mio y mi todo, nada quiero sino á Vos sólo, en tiempo y eternidad. Sois Vos y seréis mi único tesoro, el solo por quien quiero vivir y suspirar. Concededme, queridísimo Salvador mio, que este deseo que Vos mismo me habeis dado se perfeccione en mí con vuestra gracia. Vos hicísteis de Vos mismo

un sacrificio para ser todo enteramente consumido por mí: concededme que por medio del amor me consuma enteramente por Vos, para que por amor pueda un dia tomar posesion de Vos en el cielo, donde nunca más podré perderos, ni seros más ingrato, sino que os amaré con todas mis fuerzas y por toda la eternidad. Y Vos, esperanza mia, dulcísima, santísima y siempre Virgen María, alcanzadme de vuestro Hijo cuanto deseo. Admitidme, os ruego por su amor, en el número de vuestros siervos y como el más vil de vuestros esclavos. Vos sois refugio y salvacion: no permitais se pierda quien en Vos confia. Por vuestra intercesion espero ir á alabar en el cielo las divinas misericordias. Así continuaré siempre cantando y

repitiendo aquellas palabras que tanto deleitaban á vuestra hija Teresa de Jesús, mientras vivia aún en la tierra: «Cantaré para siempre las misericordias del Señor: *Misericordias Domini in æternum cantabo.* (Ps. LXXXVIII, 2).»

**MEDITACION PARA EL 15 DE OCTUBRE,
fiesta de santa Teresa de Jesús.**

I. Consideremos el ardiente amor que tenia á Dios esta seráfica Santa. Parecíale imposible que pudiese haber en el mundo una sola persona que no amase á Dios, y solia decir: «Dios mio, ¿no sois excesivamente amable á causa de vuestras perfecciones infinitas y del infinito amor que nos teneis? ¿cómo, pues, puede haber álguien que no os ame?» Aun cuando era humildísima, con todo, al hablar de amor, no podia dejar de decir: «Soy toda imperfeccion, excepto en los deseos y en el amor.» La Santa nos dejó como recuerdo la siguiente excelente instruccion: «Desprended vuestro corazon de todo: buscad á

Dios, y lo hallaréis.» Solia decir, por otra parte, que es fácil para los que aman á Dios desprenderse de la tierra. «¡Ay Dios mio! sólo necesitamos amaros de veras, para que Vos nos lo hagais todo fácil.» De nuevo escribe en otra parte: «Ya que debemos vivir, vivamos para Vos, de suerte que al fin desaparezcan nuestros intereses propios. ¿Qué mayor ventaja podemos conseguir que la que hay en agradaros? ¡Oh delicia mia y Dios mio! ¿qué haré para daros gusto?» Ella llegó hasta decir que no hubiera tenido pena de ver á los demás en el cielo más felices que ella misma, pero que no habria podido consentir en ver á alguién amar á Dios más que ella.

II. Lo que hace de nuestra Santa un objeto de admiracion, es la fir-

meza de ánimo con que se esforzaba en cumplir todo lo que conocia ser agradable á Dios. Solia decir: «Nada hay, por penoso que sea, que no me halle animosamente dispuesta á emprender, si se me presentase ocasion de hacerlo.» De aquí que enseñase que «el amor divino se alcanza con la resolucion de obrar y padecer por Dios.» «Porque, dice en otro lugar, el demonio no teme á las almas indecisas.» Para agradar á Dios, llegó áun, como es bien sabido, hasta hacer el voto de ejecutar siempre lo que fuere más perfecto. Y como los padecimientos por Dios sobrellevados son las más fuertes pruebas de amor, deseaba no vivir sino para padecer. Escribia por esto: «Páreceme que no hay razon para vivir, como no sea para padecer; y esto es

lo que más ardientemente pido al Señor. Dígole con todo mi corazón : Señor, ó padecer ó morir, sólo esto os pido para mí.» Llegó su amor á ser tan ardiente, que le dijo un día Jesucristo: «Teresa, tú eres toda mía y Yo soy todo tuyo.»

III. Tan querida llegó á ser de su Esposo, que le envió Jesús un Serafin para herir su corazón con una saeta ó lengüeta de fuego. Finalmente, murió como había vivido, toda encendida en amor. Cercano ya el fin de su vida, todos sus suspiros eran por morir, á fin de poder unirse con su Dios. «¡Oh muerte! decía, no sé quien puede temerte, porque en tí está la vida: sirve á tu Dios, alma mía, y espera, que El pondrá remedio á tus penas.» Por esto compuso aquella afectuosa glosa que comienza con las siguientes palabras:

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo, etc.

Cuando le llevaron el Sagrado Viático exclamó: «¡Oh Salvador mio! el momento por tanto tiempo anhelado ha llegado por fin: ahora comienza el tiempo en que nos veremos cara á cara.» Luego murió de amor, como lo reveló ella misma despues de su muerte.

¡Oh seráfica Santa mia! ahora os gozais en vuestro Dios, á quien mucho amásteis durante el tiempo de vuestra vida, cuando os hallábais en continuo peligro de perderlo: alcanzadnos con vuestros ruegos la gracia de poder ir á amar á nuestro Dios con Vos en el paraíso por toda la eternidad. Amen.

BREVE CAMINO DE PERFECCION

SACADO DE LAS MÁXIMAS

DE SANTA TERESA DE JESÚS.



Toda la perfeccion consiste en la práctica de estas dos cosas: «Desprendimiento de las criaturas y union con Dios.» Esta es la suma y sustancia de aquella gran leccion que nos dejó Jesucristo: «El que quisiera venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. (*Matth.* xvi, 24).»

Además, por lo que toca al «desprendimiento de las criaturas,» dice san Juan: «Cuanto en el mundo hay, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de

la vida. (*I Joan.* II, 16).» Así es que todas las imperfecciones tienen su origen en tres clases de afectos desordenados: « Amor de los placeres, amor de las riquezas y de la propia estimacion,» tocante á lo cual dijo con verdad santa Teresa de Jesús: «Es justa consecuencia que el que anda tras cosas condenadas deba participar tambien de su condenacion.»

«Respecto al amor de los placeres y de la propia complacencia, es preciso vencerlos desprendiéndose de ellos por medio de la mortificacion interior y exterior.»

La mortificacion *interior* nos hace regular nuestras pasiones y nos hace obrar, no por amor propio, vanidad, capricho ú otro cualquier motivo humano, sino simple y enteramente con la mira de agradar á Dios.

Todas las pasiones interiores dependen de dos cabezas principales: la *irascible* y la *concupiscible*.

I. Respecto de la *irascible*, cuyo efecto principal es la ira, debe ser vencida con la virtud de la dulzura, que exige la práctica de los siguientes actos: 1.º no encolerizarse jamás con nadie; 2.º hablar á todos con dulzura uniforme; 3.º hablar en tono bajo, de un modo pacífico y con expresiones llenas de dulzura, especialmente con las personas de genio vivo y pronto; 4.º sufrir con calma las faltas de los demás, las burlas y contradicciones; 5.º no turbarse ni desanimarse á la vista de los defectos propios, sino humillarse por ellos y levantarse tranquilamente de ellos con un pequeño acto de contrición, y sin detenerse más tiempo en ellos

seguir adelante con nuevo fervor y confianza en Dios, haciendo lo mismo cada vez que se cayere en una falta; 6.º no hablar ni obrar nunca cuando el corazon estuviese agitado. Solia decir san Francisco de Sales: «Tengo hecho un pacto con mi lengua de no hablar mientras mi corazon esté agitado.» En tales circunstancias conviene que consulte al director ó á otra persona espiritual.

II. Por lo que toca á la *concupiscible*, es preciso apartar del corazon todo afecto no ordenado á cualquier persona que fuere, en especial á los jóvenes y á las de diferente sexo, evitando el conversar con ellas, las palabras amorosas ó cartas, regalos, chanzas y todo lo que pudiere excitar los afectos. Dice santa Te-

resa de Jesús: «Quita de la vista las ocasiones del mal, y de una vez volverá el alma al amor de Dios.» Si se tratare de nuestros padres, sea nuestro cuidado complacer á Dios antes que á ellos, porque los padres prefieren á menudo sus propios intereses á nuestro bien. Debemos, pues: 1.º no abandonar nunca la práctica de las virtudes que nos fueren necesarias para acomodarnos á alguno de sus antojos; 2.º cuando Dios nos llamare á un estado ó camino de mayor perfeccion, debemos dejarlos animosamente, y obedecer á Dios antes que á los hombres; 3.º no entremeternos jamás en asuntos de familia que fueren desfavorables á nuestro propio adelanto, á menos de haber una patente obligacion de caridad en contra.

Debe tambien referirse á la cabeza de lo *concupiscible* la necesidad que tenemos de someter nuestra voluntad propia, que debe ser vencida por la obediencia. La obediencia, dice santa Teresa de Jesús, es el camino más corto para la perfeccion: «¡Oh virtud de la obediencia, exclama, tú eres omnipotente!» Santa Catalina de Bolonia solia decir, que «la obediencia es en sí misma más agradable á Dios, que todas las demás obras buenas reunidas.» En la práctica, es además necesario: 1.º regularse á sí mismo en todo lo relativo al alma, aún en las cosas más triviales, con la obediencia ó á los superiores ó á la Regla, ó al director espiritual que cada cual tuviere. «Sabe el demonio, dice santa Teresa de Jesús, que allí es donde el alma en-

cuentra sus remedios; por esto trabaja con todo su poder para suscitarle obstáculos en su camino.» Y en otra parte dice que «Dios no desea nada tanto como la obediencia de un alma que se resuelve á amarlo.»

2.º Es necesario obedecer *prontamente*, abandonando á este fin cualquier otra cosa, y esto tambien en cualquier materia en que no se vea claramente pecado. 3.º Obedecer *de corazon* y sin resistencia alguna; — obedecer *á ciegas*, sin preguntar el motivo, sino conformando la propia voluntad con la de los superiores. 4.º Finalmente, en todo lo que fuere bueno, donde no se viere propiamente mandato, es lo más seguro hacer lo contrario á la inclinacion propia.

III. La mortificacion *exterior* comprende el desasimiento de los

placeres del sentido, la cual debe practicarse, mortificando: 1.º La *vista*, no mirando objetos prohibidos ó peligrosos ó cosas de mera curiosidad. En el andar, deben los ojos fijarse en el suelo, y hay que guardar rigurosa modestia en el desnudarse, vestirse y en cualquier otro acto. 2.º Ha de mortificarse el *oído*, no escuchando palabras de queja, de impureza, ó noticias. 3.º Debe mortificarse el *olfato*, no oliendo flores ó perfumes, etc.

IV. Para mortificar el *gusto* debe atenderse en cuanto á la *cantidad*: 1.º á no comer ni beber sólo por gusto, ni tanto como se puede, sino lo que sea preciso; 2.º á no comer fuera de tiempo; 3.º á dejar siempre algo en el plato por amor de Jesús y María; 4.º á comer poco por

la tarde y alguna vez á no cenar; 5.º á hacer alguna abstinencia en ciertos dias de la semana; 6.º á pasar con pan y agua el viernes y sábado, ó á lo menos á comer un solo plato. Por lo tocante á la *calidad* de la comida: 1.º no se busquen delicadezas que agraden al paladar, ó muy sabrosos condimentos y además ricas salsas, etc.; 2.º de vez en cuando mezclar en la comida yerbas amargas; 3.º en ningun caso quejarse de la comida mal cocida, fria ó insípida.

V. Mortifícase el *tacto*: 1.º no buscando muchas comodidades en el descansar, vestirse ó estar sentado; 2.º privándose de fuego en invierno, de guantes y de abanico en verano; 3.º tomando algunas mortificaciones penosas, como disciplinas, cadeni-

llás, etc., previo siempre el permiso del director, sin el cual, dice san Felipe Neri, se pierde ó la salud ó la humildad; 4.º lo menos que puede hacerse es no quejarse de las enfermedades, obras penosas, incomodidades ó padecimientos interiores, sino ofrecerlo todo de continuo á Jesucristo. Santa Teresa de Jesús nos dejó las siguientes excelentes máximas acerca de la mortificación exterior: «Suponer que Dios admite á su amistad á aquellos que viven una vida cómoda, es una extravagancia. Placeres y oracion no pueden andar juntos. Las almas que realmente aman á Dios no pueden pedir descanso.» De la mortificación exterior nace tambien la mortificación de la *lengua* con la virtud del *silencio*, la que consiste: 1.º en hablar poco y

con la deliberacion debida; 2.º en no hablar absolutamente en ciertos tiempos del dia, excepto en el caso de necesidad; 3.º en hablar de Dios á menudo, y probar de introducir algun santo sentimiento en la conversacion. Solia decir santa Teresa de Jesús: «Jesucristo está siempre presente en las conversaciones de los siervos de Dios, y le agrada mucho que ellos se complazcan en ocuparse de El.»

El segundo afecto desordenado mira á los bienes de este mundo, y se debe vencer con la virtud de la pobreza: 1.º suprimiendo toda superfluidad y reteniendo sólo lo que fuere realmente necesario, ó á lo menos desasiendo nuestros afectos de todo aquello que poseemos; 2.º escogiendo las cosas de más baja calidad;

3.º alegrándonos cuando nos faltare lo comunmente necesario. Santa Teresa de Jesús solía decir: «Es la pobreza un bien que encierra todos los bienes de este mundo,» y también: «Cuanto menos tengamos en este mundo, será mayor nuestro gozo en la eternidad.»

El tercer afecto desordenado es el del amor propio, y debe ser vencido con la virtud de la humildad. Para la práctica de esta virtud es necesario: 1.º dar á Dios toda la gloria de todo el bien que hiciéremos, y desterrar de nuestros corazones toda vana complacencia propia. Dice santa Teresa de Jesús: «Cuando es nuestro fin agradar á Dios únicamente, el Señor nos da fortaleza para vencer toda vanagloria; 2.º tenernos á nosotros mismos por los peores de

todos, y pensar que cada cual es mejor que nosotros; mirando siempre las buenas cualidades de los demás y nuestros defectos propios, considerándolo especialmente con relacion á las gracias recibidas de Dios; 3.º desear, por tanto, ser así juzgados y tratados de los demás; 4.º no buscar distinciones, alabanzas ni empleos que puedan parecer honrosos, ni siquiera aceptarlos, como no fuere por obediencia á los superiores; 5.º no excusarnos ni defendernos, áun cuando se nos acusara injustamente, excepto en los casos que pudiere haber escándalo, ó impedirse la mayor gloria de Dios. Solia decir santa Teresa de Jesús: «Gana más una alma dejando de excusarse una vez sola, que oyendo diez sermones.» 6.º No hablar nun-

ca de modo que llamemos la atención de los demás hácia nuestros talentos, origen, parentela ó hacienda, etc., salvo el caso en que fuere necesario para mayor bien; 7.º sufrir y alegrarnos en el Señor, al vernos desgraciados, hallados en falta, ridiculizados, calumniados, perseguidos. Santa Teresa de Jesús solía decir: «¿Quién hay que, viendo al Señor cubierto de llagas y abrumado de persecuciones, no las deseará y se abrazará con ellas?» Respecto al particular, los Santos solían pedir á Dios la gracia de ser despreciados por su amor. Es bueno á todo trance, en tiempo de oración, prepararse á sufrir desprecios, pasando revista á todas las circunstancias de los desprecios que acaso puedan sobrevenir. Dice santa Teresa de Jesús: «Un so-

lo acto de humildad vale más que toda la ciencia del mundo.»

El otro medio de llegar á la perfeccion que al principio indicámos, y que es áun el más importante de los dos, es la *union con Dios*; y debe adquirirse de la siguiente manera:

I. Amando á Dios con amor perfecto: 1.º amándolo sobre todas las cosas, guardándose de caer en el menor pecado ó falta deliberada, prefiriendo perder antes la vida... Solia decir santa Teresa de Jesús: «Líbreamos Dios de consentir en ningun pecado deliberadamente, por insignificante que sea,» añadiendo: «Con las cosas pequeñas abre el demonio una puerta para hacer entrar las grandes.» En otra parte hace tambien esta observacion: «La verdadera devocion consiste en no ofender á Dios y re-

solverse á hacer en todo y siempre el bien.» 2.º Debemos amar á Dios con todo el corazon, deseando animosamente alcanzar la más alta perfeccion para agradarle. Con respecto á esto hace notar santa Teresa de Jesús que «Dios no deja, áun en esta vida, ningun buen deseo sin recompensa ;» añadiendo , que nuestro Señor «no suele conceder ningun favor especial sino á aquel que tiene un gran deseo de su amor.» Pero, sin duda, es preciso unir la accion con los deseos , y vencer animosamente en muchas ocasiones los respetos humanos, repugnancias propias, intereses mundanos , etc. 3.º Debemos amar á Dios continuamente y en todas las posibles circunstancias de la vida dirigirlo todo á este fin ; y ofrecérselo todo, sin exceptuar si-

quiera los actos indiferentes, como la comida, recreaciones lícitas, y en general cada uno de nuestros pasos y respiraciones, uniéndolo siempre á los actos de Jesús y María mientras vivieron en la tierra. Debemos además gozarnos en sufrir toda suerte de cosas penosas y desagradables por amor de Dios, no solamente conformando nuestra propia voluntad, sino identificándola con la de Dios, con respecto á todo cuanto quisiere hacer de nosotros ó por nosotros. A este propósito, dejónos santa Teresa de Jesús las siguientes excelentes advertencias: «Y ¿qué mayor tesoro podemos tener que la seguridad de agradar á Dios?» Y explica cuál sea esta seguridad, diciendo: «Mientras viviéremos, no debe consistir nuestro lucro en el aumento

de nuestro gozo en Dios, sino en el cumplimiento de su voluntad.» Añade en otra parte : «Este don de nuestra voluntad á Dios es de gran peso, porque lo mueve á unirse Él mismo con nuestra nada. La verdadera union con Él consiste en la union de nuestra voluntad con la suya.» En suma, para fomentar en nuestro corazon un ardiente amor de Dios, debemos con frecuencia, durante el dia, hacer actos de amor, pero especialmente en la oracion y la sagrada Comunion, diciéndole así: «¡Oh Dios mio, amabilísimo y único tesoro mio, mi todo ! os amo con todo mi corazon ; me entrego enteramente á Vos sin reserva, y os consagro todos mis pensamientos, deseos y afectos. Os quiero, por Vos suspiro, á Vos sólo os ruego, única vida mia ; vuestro

beneplácito es el mio : haced en mí y de mí todo cuanto os plazca. Dios mio y único bien mio, dadme vuestro amor y nada más,» juntamente con otros actos semejantes.

II. Para unirnos con Dios, es necesario darnos á la oracion mental, cuya propiedad es, dice san Juan Clímaco, unir el alma con Dios por medio del amor que la oracion enciende. Por esto es útil consagrarle todo el tiempo posible, media hora á lo menos por la mañana y otro tanto por la noche, meditando las verdades eternas, ó las gracias recibidas de Dios, y, sobre todo, la vida y muerte de Jesucristo.

Despues de la meditacion, siempre que el alma no fuere atraida por la gracia á la contemplacion, es de desear que nos ocupemos en afectos

adecuados y devotas aspiraciones, pero sin esfuerzo, procurando formarlos, no para dar gusto á la sensibilidad, sino simplemente con la voluntad; ó á lo menos pidamos determinadas gracias, terminando siempre el tiempo de la oracion haciendo algun particular propósito con la mira de adelantar.

Observemos aquellas excelentes máximas que nos dejó santa Teresa de Jesús relativas á la oracion: «Todo el tiempo que pasamos sin oracion, es tiempo muy perdido. El alma que abandona la oracion hace como si quisiese arrojarse á sí misma en el infierno de su propio consejo, sin necesidad de ningun demonio que la arroje en él. El tener letras es grande ayuda para la oracion, si están acompañadas de la humildad.»

Respecto á la sequedad espiritual, ¡oh! grande ánimo nos infunde nuestra Santa cuando nos dice: «El Señor prueba á los que lo aman con sequedades y tentaciones. Aun cuando debiese durar la sequedad todo el tiempo de nuestra vida, no debe el alma dejar la oracion: tiempo llegará en que será todo bien recompensado.» Y en otro lugar: «El amor de Dios no consiste en tiernas emociones, sino en servir á Dios con fortaleza y humildad. El alma que persevera en la oracion, ciertamente será llevada por el Señor al puerto de salvacion, á pesar de los pecados que el demonio le induzca á cometer. Sabe el demonio que un alma que ora con perseverancia es alma perdida para él. El que no se pára en el camino de la oracion, llega siempre

á su fin más pronto ó más tarde.» Debemos advertir aquí que hay tres cosas que han de ser llamadas guardas indispensables de la oracion: retiro, silencio y desasimiento. Es preciso tambien juntar con la oracion la leccion espiritual, á lo menos con media hora al dia: á este fin pueden tomarse las obras de Rodriguez, St. Jure y otras de semejante género; pero sobre todo debiéramos deleitarnos en leer las vidas de los Santos, que tanto solia recomendar san Felipe Neri.

III. Luego despues es necesario, tan pronto como podamos, y segun consejo del director, recibir la Sagrada Comunión, que es llamada sacramento de union, pues es aquel por el cual el alma se une total y enteramente con Jesús. Pero es

preciso que procuremos adquirir las disposiciones convenientes, haciendo servir todos nuestros ejercicios espirituales como preparacion para un acto tan grande; ni debemos jamás omitir la accion de gracias que debe practicarse permaneciendo por una hora, ó á lo menos media, ejercitándose en afectos convenientes y en oracion. Porque, dice santa Teresa de Jesús, Nuestro Señor está entonces en el alma como en un trono de misericordia para derramar con pródiga mano sus gracias en ella. «Después de la Comunión, son las propias palabras de la Santa, no perdamos tan excelente ocasion para tratar de nuestros espirituales negocios.» En otra parte dice: «No suele Su Majestad pagar mal su hospedaje cuando ha sido bien recibido.» Para la

preparacion y la accion de gracias es excelente método reflexionar sobre estos tres puntos : « 1.º ¿Quién viene? Jesús. 2.º ¿A quién viene? á mí. 3.º ¿A qué viene? á ser amado.» A estas tres consideraciones corresponden tres actos : de *fe, esperanza y amor*. Estas tres significativas palabras, *creo, espero, amo*, pueden bastar por todo. Para unirnos con Dios es sumamente útil hacer muchas Comuniones espirituales en el decurso del dia. Advierte santa Teresa de Jesús : « La Comunion espiritual es altamente provechosa : no la descuidemos ; porque el Señor verá con esto cuanto lo amamos.» Hagamos, además, frecuentes visitas al Santísimo Sacramento. ¿Qué seria de nosotros, solia decir la Santa, si nouviésemos en el

mundo el Santísimo Sacramento?» San Dionisio Areopagita nos asegura que las copiosas ayudas que para la perfeccion recibimos, no nos vienen sino del Santísimo Sacramento. A la visita al Santísimo Sacramento debemos añadir tambien la que hacemos á la Madre de Dios.

IV. Para conservarnos, además, en union con Dios, es absolutamente necesario estar habitualmente en continua oracion, pues nos enseña el Evangelio que Dios no otorga comunmente sus gracias sino á quien se las pide. Por esto, al levantarnos por la mañana, debemos encomendarnos con confianza á Jesús y María, pidiéndoles nos ayuden.

Es útil tambien renovar esta súplica al principiar cualquier acto, al salir de casa, al sentarnos para leer,

al acostarnos para descansar, etc., sin omitir el exámen de conciencia, por la noche, siempre acompañado del Acto de contrición. En las tentaciones y peligros de caer en pecado es absolutamente necesario recurrir á Dios, diciendo cuando menos: «Jesús y María,» invocándolos para que nos asistan. Santa Teresa de Jesús solia decir: «No entiendo ciertos temores que tienen algunos que les hacen decir: Demonio, demonio; mientras que podemos decir: Dios, Dios, y hacer temblar á Satanás.» Así es también útil rogar á menudo á Dios nos dé victoria de nuestra pasión dominante, nos conceda la santa perseverancia, su amor, y conformidad perfecta con su voluntad. En la oración, solia la Santa decir: «No debemos tratar con Dios de co-

sas de poca importancia, como seria el caso, si le pidiésemos bienes de esta vida. »

V. A la union con Dios es sumamente útil añadir el continuo pensamiento de su presencia, recordando que en todo lugar nos ve, nos oye, nos cerca y se halla aún dentro de nosotros. Santa Teresa de Jesús atribuye todas nuestras faltas al descuido de esta práctica: « Todo lo que nos es perjudicial nace de no considerar que Dios está presente, y de imaginarnos que se halla lejos de nosotros. » Pero esto sucede porque amamos poco á Dios. Pues decia santa Teresa de Jesús: « El verdadero amante tiene siempre en la memoria el objeto de su amor. » Para practicar este ejercicio de la presencia de Dios, es muy útil tener algun espe-

cial y significativo recuerdo de ella, ó en nuestra persona, ó en la mesa, ó en nuestro cuarto, y no descuidarlo nunca, sirviéndonos de oraciones, jaculatorias, actos de amor, ó de ofrecimiento de nosotros mismos: «Dios mio, os amo; nada quiero sino á Vos y vuestro beneplácito; me entrego enteramente á Vos,» y otros parecidos actos.

VI. Con el mismo fin, durante diez ó á lo menos ocho dias cada año deberíamos retirarnos á hacer *ejercicios espirituales*, para lo cual es preciso dejar toda ocupacion y conversacion, debiendo tratar con Dios sólo. ¡Oh! ¡cuántos se han santificado con tales medios! Es tambien muy útil renovar el espíritu con *un dia de retiro* cada mes, y observar con especial devocion, en el discurso del año,

las novenas de Navidad, Pentecostes, y de las siete principales festividades de María, durante las cuales deberíamos practicar en honor suyo algunas devociones particulares, como el Rosario y la visita. Guardemos tambien todos los sábados, con la misma intencion, ayunando á pan y agua, ó á lo menos, la víspera de cada una de las siete festividades, atendiendo á lo que á este propósito dice santa Teresa de Jesús: «¡Oh! ¡cuánto se agrada el Señor de cualquier acto que practiquemos en honor de su santísima Madre!» Podemos tambien hacer un novenario á nuestro santo Patron, y profesar especial devocion á los santos Apóstoles, nuestros padres en la fe.

Con este amor y union con Dios debemos juntar últimamente la *cari-*

dad para con los demás. En cuanto al *interior*, consiste esta caridad en desear para los demás lo que para nosotros deseamos, y no desearles el mal que no deseamos para nosotros, y, por consiguiente, en alegrarnos de corazón en sus prosperidades y sentir sus desgracias, á pesar de cualquier repugnancia que pueda esto costarnos naturalmente. En cuanto al *exterior* debemos: 1.º no murmurar de los demás, ni ridiculizarlos, ni burlarnos de lo que hacen, sino siempre hablar bien de ellos, defenderlos y excusarlos, á lo menos por lo que toca á sus intenciones; 2.º consolarlos en sus penas; 3.º asistirlos en sus necesidades corporales y espirituales, especialmente en tiempo de enfermedad; 4.º «condescender con ellos, como dice santa

Teresa de Jesús, en todo lo que no fuere pecado.» Sobre esto observa san Francisco de Sales, que debemos aprovechar aquellas oportunidades que fueren favorables, así para nosotros como para los demás, y cuando hemos faltado á nuestros prójimos á fin de dar tiempo para que nos sirva de recuerdo á nosotros mismos, debemos velar buscando alguna oportunidad de satisfacer sus deseos; 5.º no debemos darles ni malos consejos, ni malos ejemplos; 6.º debemos á veces reprenderlos, pero con dulzura y en ocasion conveniente, pero jamás cuando estén irritados. Finalmente debemos, sobre todo, hacer bien á todos los que nos hubieren hecho mal; hablar de ellos, cuando menos, de un modo favorable, tratarlos con dulzura, en-

comendarlos á Dios, apartando el pensamiento de los contratiempos, pesares y pérdidas que creyéramos habernos ellos ocasionado.

En conclusion de esta breve practica debemos, entre otras máximas, atender á las siguientes de perfeccion que nos dejó santa Teresa de Jesús en varios lugares de sus obras :

« Poco resultado producen todos nuestros esfuerzos, si no nos desprendemos de la confianza en nosotros mismos, para ponerla en Dios. Porque no consagramos interiormente todo nuestro afecto á Dios, por esta razon tampoco da Dios todo el tesoro de su amor. Líbreos Dios de devocion ostentosa. He hallado á menudo que nada hay más eficaz que el agua bendita para ahuyentar

á los demonios. Cuanto podemos hacer no es más que estiércol, comparado con una sola gota de la Sangre que derramó el Salvador por nosotros. Si no es por culpa nuestra, no temamos que Dios titubee en concedernos los auxilios necesarios para hacernos santos; no temamos que deje Dios sin galardón una simple mirada al cielo, acompañada del recuerdo de Él. El Señor no quiere de nosotros sino una voluntad resuelta, á fin de hacer ó cumplir por su parte todo lo que falte. Jamás envía Dios una pena, que no la pague después con un favor. Si no se aparta el alma de los placeres del mundo, pronto se volverá perezosa en el camino del Señor. No comuniquéis vuestras tentaciones á almas imperfectas, porque perjudicaréis á la vez

á ellas y á vosotros mismos : comunicadlas únicamente á las perfectas. Sea vuestro deseo ver al Señor ; vuestro temor, perderlo ; vuestro gozo, todo lo que pueda llevaros á Él.»

Vivan Jesús, María, José y Teresa de Jesús, ahora y por siempre. Amen.

AVISOS

DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS

PARA SUS MONJAS,

muchos de los cuales convienen tambien á los cristianos
que viven en el mundo.

1. La tierra que no es labrada
llevará abrojos y espinas, aunque
sea fértil; así el entendimiento del
hombre.

2. De todas las cosas espiritua-
les decir bien, como de religiosos,
sacerdotes y ermitaños.

3. Entre muchos siempre ha-
blar poco.

4. Ser modesta en todas las co-
sas que hiciere y tratare.

5. Nunca porfiar mucho, espe-
cial en cosas que va poco.

6. Hablar á todos con alegría moderada.

7. De ninguna cosa hacer burla.

8. Nunca reprender á nadie sin discrecion y humildad y confusion de sí misma.

9. Acomodarse á la complexion de aquel con quien trata; con el alegre, alegre; y con el triste, triste; en fin, hacerse todo á todos, para ganarlos á todos.

10. Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á Nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade.

11. Jamás excusarse, sino en muy probable causa.

12. Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho; y entonces sea

con humildad y con consideracion, que aquellos dones son de la mano de Dios.

13. Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderacion decir lo que siente.

14. En todas las pláticas y conversaciones, siempre mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones.

15. Nunca afirme cosa sin saberla primero.

16. Nunca se entremeta á dar su parecer en todas las cosas si no se lo piden, ó la caridad lo demanda.

17. Cuando alguno hablare cosas espirituales, óygalas con humildad, y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere.

18. A tu superior y confesor

descubre todas tus tentaciones, é imperfecciones y repugnancias, para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

19. No estar fuera de la celda, ni salir sin causa, y á la salida pedir favor á Dios, para no ofenderle.

20. No comer ni beber sino á las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias á Dios.

21. Hacer todas las cosas, como si realmente estuviese viendo á su Majestad, y por esta via gana mucho un alma.

22. Jamás de nadie oigas ni digais mal, sino de tí mesma; y cuando holgares desto, vas bien aprovechando.

23. Cada obra que hicieres, dirígela á Dios, ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra y gloria.

24. Cuando estuvieses alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa.

25. Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera á Cristo nuestro Señor, y así le tendrás respeto y reverencia.

26. Está siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia como si te lo mandase Jesucristo en tu Prior ó Prelado.

27. En cualquier obra y hora, examina tu conciencia: y vistas tus faltas procura la enmienda con el Divino favor, y por este camino alcanzarás la perfeccion.

28. No pienses faltas ajenas, sino las virtudes, y tus propias faltas.

29. Andar siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa y ocasion.

30. Haga cada dia cincuenta ofrecimientos á Dios de sí, y esto haga con grande fervor y deseo de Dios.

31. Lo que medita por la mañana traiga presente todo el dia; y en esto ponga mucha diligencia, porque hay gran provecho.

32. Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare; y ponga por obra los deseos que en la oracion le diere.

33. Huya siempre la singularidad cuanto le fuere posible, que es mal grande á la Comunidad.

34. Las Ordenanzas y Regla de su Religion, léalas muchas veces, y guárdelas de veras.

35. En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios, y sabiduría, y en todas le alabe.

36. Despegue el corazon de todas las cosas, y busque y hallará á Dios.

37. Nunca muestre devocion de fuera, que no haya dentro; pero bien podrá encubrir la indevocion.

38. La devocion interior no la muestre, sino con grande necesidad: mi secreto para mí, dice san Francisco y san Bernardo.

39. De la comida si está bien ó mal guisada, no se queje, acordándose de la hiel y vinagre de Jesucristo.

40. En la mesa no hable á nadie, ni levante los ojos á mirar á otra.

Considerar la mesa del cielo y el manjar della, que es Dios, y los convidados, que son los Angeles: alce los ojos á aquella mesa, deseando verse en ella.

41. Delante de su Superior (en el cual debe mirar á Jesucristo) nunca hable sino lo necesario, y con gran reverencia.

42. Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos.

43. No hagas comparacion de uno á otro, porque es cosa odiosa.

44. Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega á Dios por quien te reprendió.

45. Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario mandó otro, sino piensa que todos tienen santos fines, obedece á lo que te manda.

46. En cosas que no le va ni le viene, no sea curiosa en hablarlas ni preguntarlas.

47. Tenga presente la vida pa-

sada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al Cielo para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

48. Lo que le dicen los de casa haga siempre, si no es contra la obediencia; y respóndales con humildad y blandura.

49. Cosa particular de comida ó vestido, no la pidas sino con grande necesidad.

50. Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas.

51. Use siempre á hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

52. Hagan actos de todas las demás virtudes.

53. Ofrezca todas las cosas al Padre eterno, juntamente con los méritos de su Hijo Jesucristo.

54. Con todos sea mansa, y consigo rigurosa.

55. En las fiestas de los Santos piense sus virtudes, y pida al Señor se las dé.

56. Con el exámen de cada noche tenga gran cuidado.

57. El dia que comulgare, la oracion sea ver, que siendo tan miserable ha de recibir á Dios, y la oracion de la noche, de que le ha recibido.

58. Nunca siendo Superior reprehenda á nadie con ira, sino cuando sea pasada, y ansí aprovechará la reprension.

59. Procure mucho la perfeccion y devocion, y con ellas hacer todas las cosas.

60. Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae al alma compungida y humillada.

61. Mirad bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios, que no se muda.

62. Las cosas de su alma procure tratar con su confesor espiritual y docto, á quien las comunique y siga en todo.

63. Cada vez que comulgare, pida á Dios algun don por la gran misericordia con que ha venido á su pobre alma.

64. Aunque tenga muchos Santos por abogados, séalo en particular de San Josef, que alcanza mucho de Dios.

65. En tiempo de tristeza y turbacion no dejes las buenas obras que solias hacer de oracion y penitencia; porque el demonio procura inquietarte porque las dejes: antes tengas

más que solías, y verás cuán presto el Señor te favorece.

66. Tus tentaciones é imperfecciones no comuniqués con las más desaprovechadas de casa, que harás daño á tí y á las otras, sino con las más perfetas.

67. Acuérdate que no tienes más de una alma, ni has de morir más de una vez: ni tienes más de una vida breve, y una que es particular: ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano á muchas cosas.

68. Tu deseo sea de ver á Dios; tu temor si le has de perder: tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.

CÁNTICO
DE SANTA TERESA DE JESÚS

DESPUES DE LA SAGRADA COMUNION.



Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA.

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.



Ay ¡ qué larga es esta vida!
¡ Qué duros estos destierros!
¡ Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!

Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Ay ¡qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor
No le es la esperanza larga;
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza.
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta;
Mira que sólo te resta
Para ganarte, perderte;

Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera ;
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte no me seas esquivia ;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví?

Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece:
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:

Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte,
Y vivir sin Tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está,
O mi Dios, ¿cuándo será,
Cuando yo diga de vero:
Que muero porque no muero?

OFRECIMIENTO

que de si misma hacia á Dios
santa Teresa de Jesús.



*Vuestra soy, para Vos nació;
¿Qué mandáis hacer de mí?*

Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena á el alma mia;
Dios, un sér, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza
Que hoy os canta amor así.
¿Qué quereis, Señor, de mí?

Vuestra soy, pues me criásteis,
Vuestra, pues me redimísteis,
Vuestra, pues que me sufrísteis,
Vuestra, pues que me llamásteis,
Vuestra, pues me conservásteis,
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué quereis hacer de mí?

¿Qué mandais, pues, buen Señor,
Que haga un tal vil criado?

¿Cuál oficio le habeis dado
A este esclavo pecador?

Veisme aquí, mi dulce Amor ;
Amor dulce, veisme aquí ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Veis aquí mi corazon,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y aficion ;
Dulce Esposo y Redencion,
Pues por vuestra me ofrecí.

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida ;
Dad salud ó enfermedad,
Honra ó deshonra me dad,
Dadme guerra ó paz cumplida,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí.

¿Qué quereis hacer de mí?

Dadme riqueza ó pobreza,
Dad consuelo ó desconsuelo,
Dadme alegría ó tristeza,
Dadme infierno ó dadme cielo,

Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.

¿Qué mandais hacer de mí?

Si quereis, dadme oracion;
Si no, dadme sequedad,
Si abundancia y devocion,
Y si no esterilidad.

Soberana Majestad,
Sólo hallo paz aquí.

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia,
O de hambre ó carestía;
Dad tiniebla ó claro dia,
Revolvedme aquí ó allí;

¿Qué quereis hacer de mí?

Si quereis que me esté holgando,
Por amor quiérome holgar;
Si me mandais trabajar,
Morir quiero trabajando.

Decid, ¿dónde, cómo ó cuándo?
Decid, dulce Amor, decid.

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa ;
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa ;
Sea yo viña fructuosa,
O estéril, si cumple así.

¿Qué mandais hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas,
O de Egipto Adelantado ;
Sea David sufriendo penas,
O David ya encumbrado ;
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí ;

¿Qué mandais Señor, de mí?

Esté callando ó hablando,
Haga fruto ó no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando ;
Esté penando ó gozando,
Sólo Vos en mí vivid ;

¿Qué mandais hacer de mí?

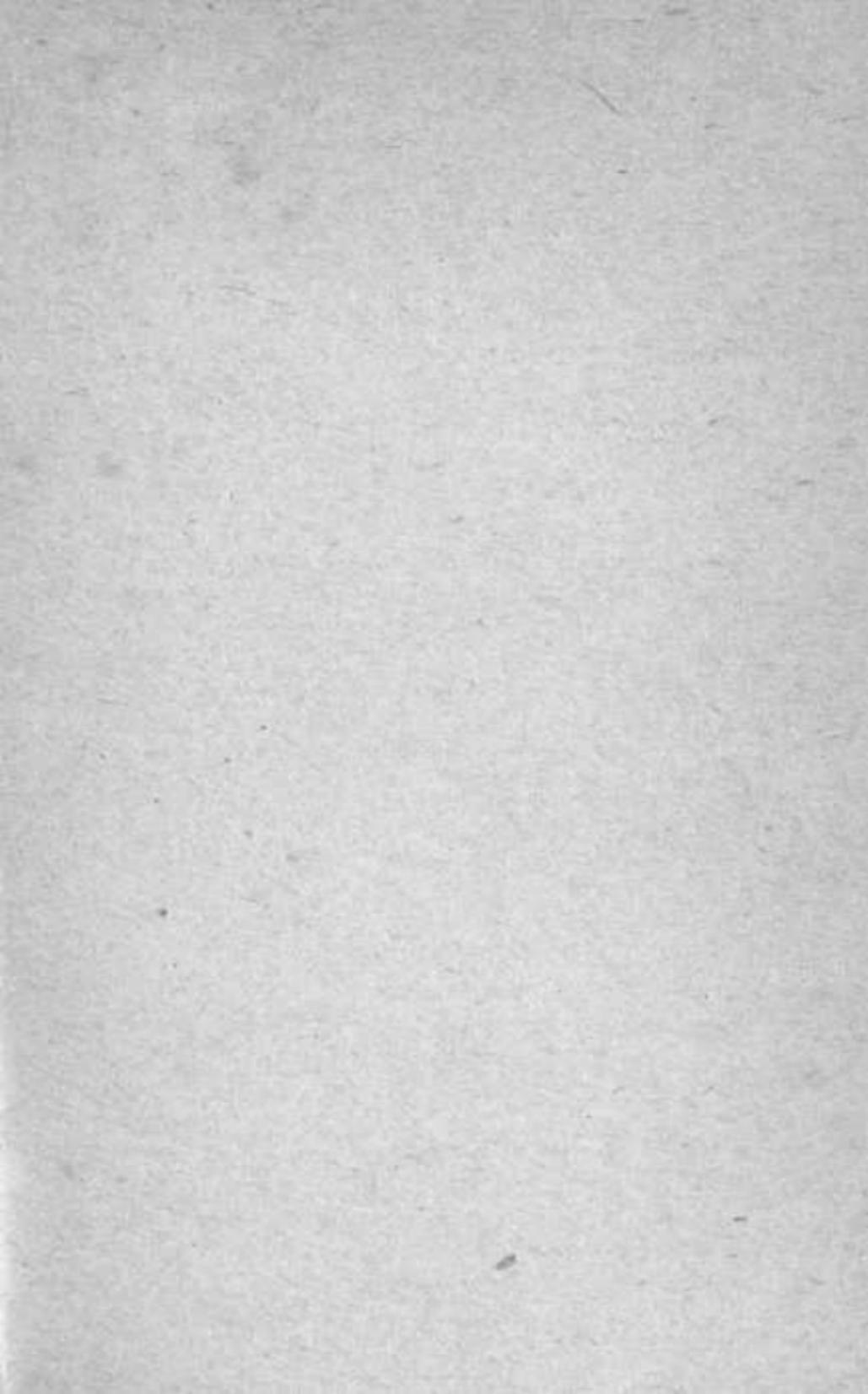
LETRILLA

DE SANTA TERESA DE JESÚS.



Nada te turbe,
Nada te espante ;
Todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien á Dios tiene
Nada le falta.
Sólo Dios basta.

FIN.



ALBERT

DEPARTMENT OF AGRICULTURE

Report of the
Special Agent
in Charge
of the
Bureau of
Plant Industry
for the
Year 1911

1912





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....1729
Estante.....12
Tabla.....4

Precio de la obra..... Ptas.

Precio de adquisición. »

Valoración actual..... »



UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
SANTA TERESA

1709